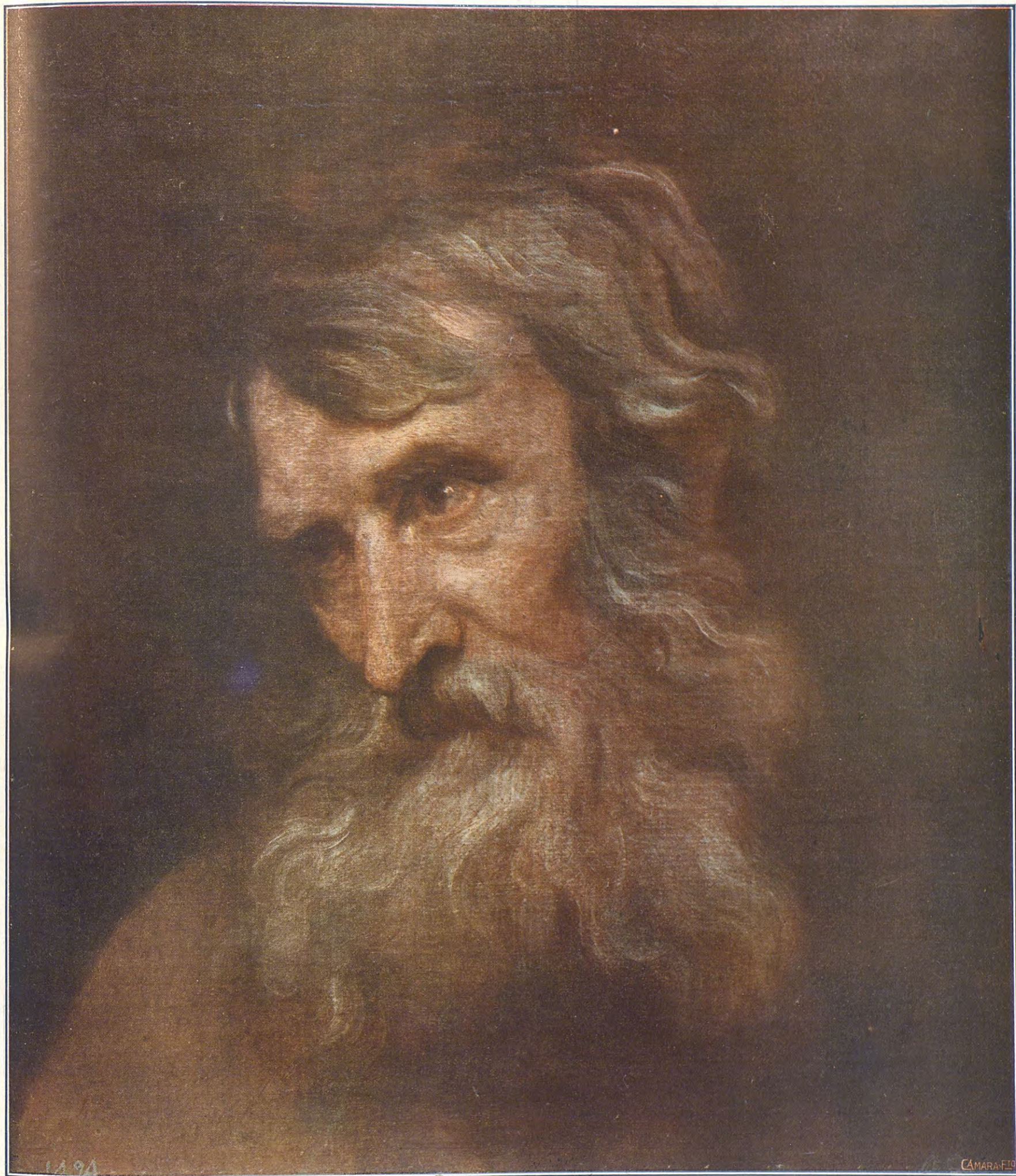


# La Esfera

1 Abril 1916

Año III.—Núm. 118

ILUSTRACION MUNDIAL



CABEZA DE VIEJO, cuadro de Rubens

# DE LA VIDA QUE PASA LA MORAL DE MAÑANA

Lo menos deshonroso que puede decirse de la humanidad en estas horas trágicas y solemnes, es que se mueve y obra movida por una ráfaga de locura. ¿Qué excusa tendrán, sino los horrores á que estamos asistiendo? La demencia que procede de una diátesis individual, aunque se desate con furor es casi inofensiva, porque en cuanto amenaza á la sociedad, ésta se pone á salvo secuestrando al enfermo. La naturaleza no ha querido poner al alcance del vesánico armas demasiado terribles. La jurisdicción de sus desvaríos es limitada. Lo peor que hace de ordinario un demente es matar al que tiene cerca, sobre todo si es miembro de su familia, lo que prueba un resto de lucidez de su cerebro, y luego suicidarse. Aun eso es raro. Lo más frecuente es que no haga más víctimas de su paroxismo que su persona... Lo temible no es, pues, la locura individual que se desenlaza apacible ó dramáticamente en el manicomio, sino la demencia colectiva que hace la noche sobre los más nobles territorios del espíritu humano. A estas horas el espectáculo que dan los hombres no puede ser más siniestro. La actividad moral del mundo está en suspenso. Los filósofos han enmudecido; los sociólogos vacan y los artistas, despistados y medrosos como pudiera estarlo un ruiseñor en una jaula de leones, no saben á qué divinidad ofrecer el homenaje de sus ensueños. El comercio tiene las rutas del éxito casi cerradas y el vigor industrial sufre una depresión imposible de reparar actualmente, porque el sistema arterial de Europa padece de embolias. No se invoca ningún gran ideal moral ni de cultura, por lo mismo que las rameras eluden escrupulosamente el mentar la honestidad.

A estas horas, toda la energía mental de Europa está distraída en preocupaciones y menesteres de destrucción. Los químicos buscan, con febril afán, una substancia de poco bulto que pueda volar, en el menor tiempo posible, ciudades enteras, y los ingenieros preparan las vías subterráneas para que aquella substancia circule y estalle con toda libertad.

El rico da su dinero al Estado para armamentos; el pobre fabrica las municiones; la madre da sus hijos y la esposa su marido para que acordonen, con una muralla de corazones palpitantes, las fronteras de la patria. En el mar, el deporte á que se entregan los hombres es el mismo que en tierra firme. Todo buque, aunque ostente pabellón neutral, es torpedeado, sin que el agresor se cuide de la suerte de los supervivientes del naufragio. Ni aun las embarcaciones pesqueras que arrostran el heroico compromiso de abastecer nuestra mesa, se libran. El cañón escupe la muerte en todas direcciones. Ya no nos asusta la cifra de los que caen á diario deshechos por la metralla.

Nuestra sensibilidad se ha curtido en el horror cotidiano, y lejos de protestar de la prolongación de la guerra, la presencia con un cierto desdén de buen tono. ¿No son la

crueledad y la insensibilidad dos síntomas de locura? ¿Y no sobran motivos para sostener que Europa entera vive hoy en el vórtice de un equinoccio de demencia? Se me dirá que se trata de un arrebató, de un mal pasajero, y que esta subversión del equilibrio moral colectivo no puede prolongarse. Por poco optimistas que seamos habremos de allanarnos á esa apreciación de los hechos. No se puede admitir que esta fiebre homicida y devastadora, que este huracán de barbarie, duren. Vendrá la tregua de cansancio, y luego la paz. Se producirá la distensión del instinto de matar y luego el enervamiento de las cualidades agresivas de los pueblos. En suma, se habrá restablecido la lucidez en el cerebro de Europa. Entonces podremos decir: hasta aquí llegó la pleamar del salvajismo humano. Todo tenderá á rehacerse y á consolidarse por el trabajo y la paciencia de los hombres.

Los gobiernos emitirán empréstitos para reedificar sobre las ruinas del pasado un presente

de prosperidad. Los químicos, desertando la investigación homicida, aventarán de los laboratorios todo lo que les recuerde su malsana obsesión de destruir. Los ingenieros que ahora vuelan los puentes y obstruyen los caminos, se aplicarán á repararlos. Los industriales procuran ganar lo perdido y el comercio se desvivirá por el saneamiento de los mercados. El intercambio humano de productos impondráse normalmente, como antes de la guerra, sin que advirtamos diferencias entre lo que fué y lo que será, porque entonces como ahora, el industrial y el comerciante tomarán las precauciones necesarias para quedarse con nuestro dinero con la menor fatiga posible. Pero ¿y el mundo moral? ¿Qué sorpresas nos reserva? Alguien me aseguraba, días atrás, con la certidumbre del que tiene relaciones directas con Dios y recibe sus omniscientes confidencias, que la guerra actual señala la caducidad de los dos grandes ideales que nos han legado Jesús de Nazaret y la Revolución francesa: la fraternidad y la igualdad.

La fraternidad y la igualdad.

El amigo que eso me decía presente el advenimiento de un régimen social cimentado sobre la fuerza y la organización, del que serán excluidos todos los sentimentalismos humanitarios, ó lo que es lo mismo, un régimen regulado por los más severos principios darwinistas de la selección. No habrá piedad para el débil ni para el inadaptado.

Leyes y costumbres coincidirán en repudiar á los vencidos en la lucha por la existencia y solamente los fuertes, los ungidos con el óleo del éxito tendrán derecho á la consideración social. El dolor será un estigma de inferioridad, y la indefensión económica una depresiva equivalencia del oprobio. A compás de esa transformación moral vendrá, en el orden político, el descrédito definitivo de la democracia, vivero de doctrinas pacifistas. Los pueblos orientarán su vida hacia un ideal militar y todas las profesiones llevarán anejo el deber de sentirse soldado... ¿Será eso posible?

Yo no solamente lo dudo, sino que lo niego. Aun conociendo que la cantera del egoísmo humano es inagotable, y no ignorando qué limitada es nuestra capacidad para el bien, presiento que los hombres se resistirán á despojarse de aquellos ideales de fraternidad é igualdad que vienen invocando, de antiguo, para poderse enganar mejor mutuamente. La existencia, por lo menos verbal, de esos ideales, nos es indispensable para traicionarnos. El hombre no puede dar la medida de su impotencia para el bien más que adjudicándose previamente un programa de virtudes, y el día en que proscribamos de la literatura y de la oratoria las voces que las definan, no será posible el disfraz de las almas.

No; los sentimentalismos humanitarios no pueden desaparecer. Son la salsa de nuestro egoísmo y el pabellón de nuestra miseria moral.



## ATARDECER

Por la áspera pendiente del monte centenario, romero de las cumbres errante y solitario que apoya en su cayado la carga del pesar, andando voy en busca de la quietud hermana que vive lejos, lejos de la colmena humana, haciendo de las peñas el ara de un altar.

La luz va recogiendo su regia llamarada, las sombras van dejando su negra pincelada y el mar levanta, lejos, su rítmico rumor: agitan sus esquilas los blancos recetales, los pinos cabecean, se duermen los zarzales y llega la hora lírica del reino del amor.

Yo voy hacia las cumbres, misterio de la vida, sintiendo en mis entrañas la voz estremecida que suena con cadencias de augusta pastoral, y busco al dulce abrigo de mirtos seculares los sonos deliciosos que en vítmicos cantares preludian en las peñas las fuentes de cristal.

Posar quiero á la sombra del rústico bosque oyendo los rumores del trémulo ramaje, gustando el dulce aroma del espinar en flor, acariciada el alma por múltiples sonidos, palpación solemne de brotes y de nidos que suenan como estrofas de un himno creador.

Vivir quiero en la cumbre, á un tiempo madre y musa, dormirme en su regazo bajo la luz difusa del sol, que se va hundiéndose dorado en el confín, soñar al cristalino rumor de una fontana como soñó en el dulce regazo de Bibiana, mirándose en sus ojos, el mágico Merlín.

José MONTERO

MANUEL BUENO

## MEMORIAS DE UN DESMEMORIADO

III

SINTIÉNDOSE abandonado por mi memoria, la llamo, la interrogo en esta forma:

—Ven aquí, Memoria mía, auxiliar solícita de mi pensamiento. ¿Por qué me abandonas? ¿Duermes, estás distraída?

—El distraído eres tú. Años ha que estás engolfado en la tarea de fingir caracteres y sucesos. Apenas terminas una novela empiezas otra. Vives en un mundo imaginario.

—Es que lo imaginario me deleita más que lo real.

—Pues, como yo vivo solamente de la realidad, no oculto que me aburro en la cámara tenebrosa de tu cerebro poblado de fantasmas, y por el primer portillo que encuentro abierto me escapo... Me doy el gusto de divagar libremente por los espacios.

—Está bien, picaresca. Vuelve, entra, óyeme, y responde á lo que voy á preguntarte: ¿Sabes tú cuándo estuve yo en Ginebra? ¿Fue en mi primer viaje á París ó en el segundo?

—En los dos, bobito. Me parece que te estoy viendo pasear por el magnífico puente que une entrambas orillas del Ródano y detenerte á contemplar la isla de Rousseau y la estatua de este gran escritor. ¿No te acuerdas del hotel de Bergues?

—También estuve en el Metropolitano... Después fuimos á Lausanne, población encantadora situada en un alto que domina la extensión espléndida del lago Lemán; me instalé en un hotel que lleva el nombre de un escritor inglés que allí terminó su *Historia de la grandeza y decadencia del pueblo romano*.

—Hotel Giwon, tontín.

—Y también tengo idea de haber estado en Neufchatel, donde ví un mercado de quesos Gruyère como ruedas de carro, en número infinito. Ahora, Memoria mía, dime cuándo estuve yo en Portugal.

—¡Esta sí que es buena! ¡Pero, si eso fué el año pasado, después que escribiste *Lo Prohibido*!

—¡Ah, ya! Ya estoy orientado, Memoria mía. Puedes dar otro paseo por los espacios, y estar te atenta por si vuelvo á llamarte».

Mi gran amigo Pereda y yo, fuimos á Portugal acompañados de un rico comerciante santanderino. Del 72, el primer año que yo visité la capital cantábrica, data mi entrañable amistad con el insigne escritor montañés; amistad que permaneció inalterable, fraternal, hasta que acabaron los días del glorioso autor de *Sotileza y Peñas arriba*. Algunos creen que Pereda y yo vivíamos en continua rivalidad por cuestiones religiosas y políticas. Esto no es cierto. Pereda tenía sus ideas y yo las mías; en ocasiones nos enredábamos en donosas disputas sin llegar al altercado displicente. En verdad, ni D. José María Pereda era tan clerical como alguien cree, ni yo tan furibundo librepensador como suponen otros. En mi copioso archivo epistolar de que

hablaré más adelante, conservo como un rico tesoro, multitud de cartas de Pereda, escritas maravillosamente en aquella prosa fluida, galana, incomparable.

Pues, señor; nos plantamos en Lisboa, y allí se nos iba insensiblemente el tiempo contemplando las grandes bellezas de aquella ciudad, en la cual la irregularidad del terreno es un encanto más, como lo son el Tajo caudaloso y la rica vegetación que esmalta sus orillas. En Cintra vimos un país de ensañación, y el palacio de Penna, obra portentosa del rey D. Fernando de Coburgo, nos dejó atónitos. Los fabulosos jardines de Babilonia no son comparables á los bosques de gigantescas camelias que forman bóveda impenetrable para el sol. El regio castillo es de caprichosa y elegante arquitectura. La ascensión á tales alturas se hace en borricos, muy bien enjaezados, que saben perfectamente su obligación, y cobran por ello un puñado de reis. Desde lo alto se descubre á la derecha una estatua de Vasco de Gama, erigida en un culminante picacho, y á la izquierda, en la llanura lejana, el palacio de Mafra, imitación de nuestro Escorial.

De Lisboa nos fuimos á Oporto sin detenernos en el monasterio de Alcobaza ni en Batalla, monumento religioso construido en conmemoración de la victoria de Aljubarrota.

Oporto es ciudad agradabilísima, cuna de las libertades portuguesas, situada en agrias cuevas á orillas del Duero, festoneada como Lisboa de amenos jardines. El cementerio, poblado de mármoles y flores á enorme altura sobre el río, tiene tal encanto y poesía, que los visitantes, fatigados de las inquietudes de la vida, envidian á los que reposan en eternidad tan apacible.

Oporto es la ciudad lusitana donde más y mejor se habla español. En ella tuvimos el honor de tratar á diferentes personalidades científicas y literarias, entre ellas señaladamente al insigne escritor Oliveira Martins, que me obsequió con un ejemplar de su magnífica obra *Historia de la civilización ibérica*. Agradecidos y satisfechos emprendimos la retirada hacia el Miño, internándonos en Galicia, donde no tardamos en separarnos, marchando los montañeses á Santander y yo á Madrid.

Sin acordarme ya de Galicia ni de Portugal, agarré la pluma, y con elementos que de antemano había reunido, me puse á escribir *Fortunata y Jacinta*.

De los afanes literarios que hondamente embargaban mi ánimo, descansaba con otros afanes que en cierto modo corregían los efectos de la vida sedentaria. Me refiero á mi afición á los viajes. Apenas apuntó aquel verano me fui á Santander; embarqué en un vapor de la Trasatlántica que partía para el Havre. De este puerto partí inmediatamente para París, donde sólo estuve una noche. Al siguiente día, pasando por la Plaza de la Opera, ví en una tienda el anuncio de billetes circulares para la excursión por el Rhin. Sin pensarlo más, compré mi billete y empecé mi correría solito, ansioso de pasar la frontera de Alsacia y llegar á Strasburgo. Ví la famosa catedral, con su reloj monumental que ocupa una pared entera del crucero, marcando en sin fin de muestras los minutos, las horas, los días, las semanas, los años y hasta los siglos. De Strasburgo pasé á Maguncia y Frankfurt, ciudad encantadora, pulcra y alegre. De allí me trasladé á Vöhrick, donde tomé el vapor para la excursión fluvial que era el preferente atractivo de mi viaje. Deliciosa, incomparable jornada á bordo de un espléndido vapor. Comíamos sobre cubierta contemplando ambas orillas del Rhin, de cuya belleza no puede tener idea quien no las ha visto. Las guías y planos nos señalaban los parajes históricos y los fabulosos, la leyenda y la realidad. De las bellísimas poblaciones del tránsito, señalo Coblenza, y principalmente Bonn. En esta me hubiera quedado de buena gana para ver á mi gusto la casa en que nació el soberano músico Beethoven. Terminado en Colonia el trayecto fluvial de la excursión salí como flecha disparado hacia la catedral, el

monumento gótico más grande y perfecto que en el orbe existe. En el exterior descuellan sus dos torres y los airosos botareles; en el interior causan maravilla las vidrieras, imitación habilísima de las antiguas, como las que lucen en nuestra catedral de León *Pulchra Leonina*. En las capillas se admiran hermosas obras de arte, y en el ábside los sepulcros de los Reyes Magos. Por cierto que nunca pude comprender cómo se encuentran á orillas del Rhin las momias ó esqueletos de los Soberanos de Oriente. ¿Será que cuando vienen estos señores á repartir juguetes á los niños en la fiesta de la Epifanía, se quedan por acá para esperar al año siguiente? Más asombro me causó ver en otra Iglesia los huesos de las Once mil Vírgenes martirizadas en Colonia. Esas reliquias ocupan enormes estanterías que llenan todo el templo hasta el techo. Después de una visita á mi amigo el doctor Fastenrath, continué por ferrocarril el resto de la viajata circular: Aix la Chapelle, Lieja, Bruselas, Namur, Lille, París, para seguir inmediatamente al Havre con objeto de embarcarme en el mismo vapor que me había traído de Santander. Expirando el verano volví á Madrid y apenas llegué á mi casa recibí la grata visita de mi amigo el insigne varón D. José Ido del Sagrario, el cual me dió noticia de Juanito Santa Cruz y su esposa Jacinta, de doña Lupe, la de los pavos, de Barbarita, Mauricia, la Dura, la linda Fortunata y, por último, del famoso Estupiná.

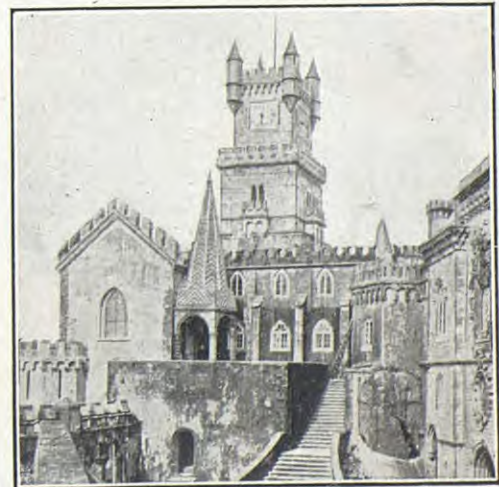
Todas estas figuras, pertenecientes al mundo imaginario y abandonadas por mí en las correrías veraniegas, se adueñaron nuevamente de mi voluntad. Visité á doña Lupe en su casa de la calle de Cuchilleros y platicué con el usurero Torquemada y la criada Papiros. Pasaba largas horas en el café del Gallo, donde me entretenía oyendo las conversaciones de los trajinantes y abastecedores de los mercados de aves. Por la escalerilla subía y bajaba veinte veces al día y en Puerta Cerrada tenía el cuartel general de mis observaciones. En la Plaza Mayor pasaba buenos ratos charlando con el tendero José Luen-go, á quien yo había bautizado con el nombre de Estupiná. Ved aquí un tipo fielmente tomado de la realidad. No lo describo porque ya lo habréis visto en su natural traza y colorido.

El viaje de boda de Juanito Santa Cruz y su regreso á Madrid, así como la intriga del bárbaro Izquierdo, traficante en niños, hechos son imaginarios aunque parezcan reales. Lo verdaderamente auténtico y real es la figura de la santa Guillermina Pacheco. Tan sólo me he tomado la licencia de variar el nombre. La santa dama Fundadora se llamó en el siglo doña Ernestina. Recaudando cuantiosas limosnas, así en los palacios como en las cabañas, creó un Asilo en cuya iglesia reposan sus cenizas. Esta gloriosa personalidad merece á todas luces la canonización.

B. PÉREZ GALDÓS



La Catedral de Lisboa



Detalle del Palacio da Pena

LA ESFERA

# ARTE CONTEMPORÁNEO



JARDÍN ANDALUZ, cuadro de F. Ruiz Morales

# LO QUE FUE ESTUDIANTES Y MAESTROS

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

Pocas veces tuvimos los periodistas ocasión más propicia para encender las pasiones populares como la que nos proporcionó la algarada estudiantil del otoño de 1884. El caso fué que al inaugurarse el curso académico, leyó D. Miguel Morayta un trabajo que, cual suele decirse, ardía en un candil. El simpático profesor, que aún goza de extraordinaria viveza mental y Dios se la conserve muchos años, compuso acerca de la «civilización en el antiguo Egipto», un extenso trabajo, al que opusieron grandes reparos los ortodoxos de la época. Como era natural, los de la izquierda aperebiéronse para replicar á los de la derecha, y unos y otros se enzarzaron en polémicas, que al cabo concluyeron de mal modo. El ministro de entonces, D. Alejandro Pidal, mosiróse huraño y desabrido con el catedrático en el mismo solemne momento de la fiesta inaugural, y la gente moza, inclinada siempre, acaso entonces más que ahora, á las audacias del pensamiento, sintió inquietudes que poco á poco se convirtieron en francos, estridentes y resonantes alborotos.

Apenas advirtió la muchedumbre escolar que D. Miguel Morayta era objeto de aperebimientos académicos y blanco de iras reaccionarias por sus opiniones heterodoxas, resolvióse á defender con estruendo la libertad de pensar y hubo abandono de clases, revuelo en los pasillos y ardientes manifestaciones callejeras.

Parece que estoy viendo á Manolo Ortiz de Pinedo—un muchacho de mucho talento que se malogró cuando iban á granar en realidades sus dulces esperanzas—correr de un lado para otro, arengando á los resueltos, apoderándose de los indecisos y dando ánimo á los encogidos.

¡Cuántos discursos pronunció Manolo Ortiz de Pinedo, que era fogoso y abundante en el decir, como todos los que saben arrebatar á las multitudes! ¡Y qué popular se hizo en horas veinticuatro!

Lo mismo exactamente que Manuel Labra, un escritor muy celebrado que hoy pasea su respetable persona por la Corte, todo compostura y formalidad, después de haber sido en las revueltas estudiantiles un sugestionador invencible de sus camaradas.

Las inquietudes escolares que empezaron en Octubre, siguieron en Noviembre, y al llegar el día famoso de Santa Isabel, se convirtieron en un motín que indujo á la fuerza á penetrar en el edificio de la Universidad. Eran entonces Gobernador de Madrid D. Raimundo Fernández Villaverde, y Jefe de la policía el coronel Oliver. D. Raimundo Fernández Villaverde, intervino personalmente en los sucesos y por ello dió motivo á que los periodistas avanzados le pusiéramos como chupa de dómene. Se le aplicaron las más infundadas exageraciones: que era tiránico, torpe y alrudo, cuando en realidad pocos hombres mejores que él he conocido, y tenía, además, un entendimiento muy claro y con varia y extensa cultura. Pero las pasiones populares cometen á veces las mayores injusticias que luego rectifica el tiempo. De Villaverde, se supuso que había acabado su carrera en los sucesos de Santa Isabel y fué luego varias veces ministro; llegó á Presidente del Congreso, formó Gobiernos y en cir-



D. RAIMUNDO FERNÁNDEZ V. LLAVEVERDE

tas. De teatros anduvimos muy bien en el trimestre último de 1884. En el Real nos estremecían de júbilo la Theodorini y Massini; en el Español, Vico y la Tubau repañían en escena *El nuevo Don Juan*, de Ayala; la Judic lucíase en *Mam'zelle Nitouche* y cantando penéneras en castellano macarrónico; Emilio Mario y Elisa Mendoza Tenorio, reunían en el Teatro de la Comedia el más selecto público madrileño.

Se estrenó entonces *El amigo Fritz*, una comedia de Erckman-Chatrian, manjar literarioroso, que fué gustado muchas veces, gracias á que se servían en la representación de la obra manjares auténticos de la propia casa de Lhardy.

También se estrenó entonces, por la compañía de Vico, un drama en verso titulado *Las dos ideas*, el único que ha escrito el notable antropólogo criminalista, D. Rafael Salillas.

Por aquellos días nombraron Director de la Biblioteca Nacional á D. Manuel Tamayo, Secretario de la Academia Española.

Por cierto que á la vez se eligieron los terrenos para alzar el edificio que hoy ocupa la docta Corporación. Nos parecía que los inmortales buscaban solitario paraje para su albergue y los lugares campestres de entonces, son hoy uno de los más encopetados barrios de la Corte.

Así, en la vida muchas veces ocurre que por el sendero de lo modesto se da en el más ruidoso de los esplendores.

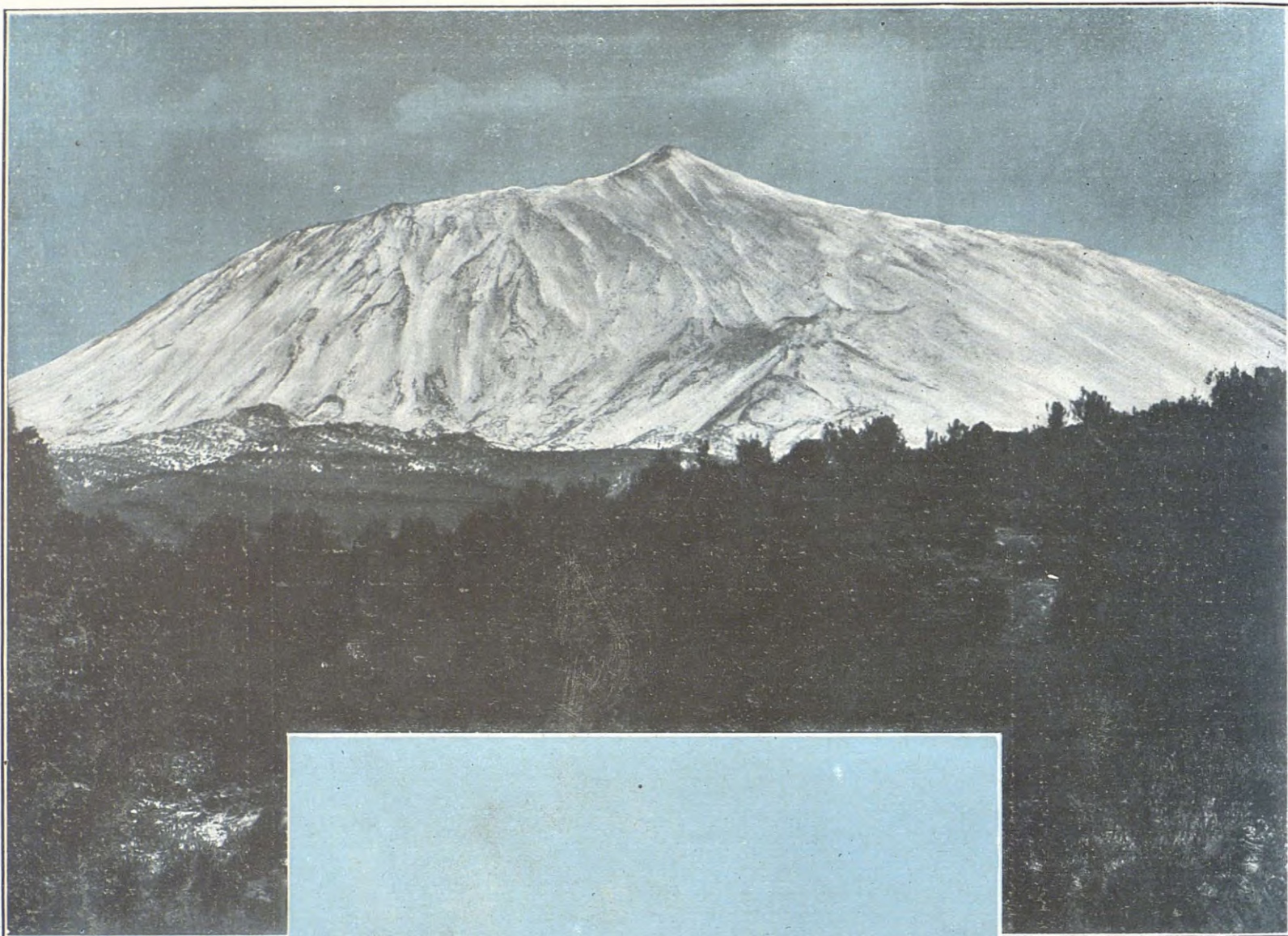
Por la transcripción,

J. FRANCOS RODRÍGUEZ



D. MANUEL ORTIZ DE PINEDO

# UNA EXCURSIÓN AL TEIDE



Los hombres de ciencia han estudiado suficientemente la montaña y el volcán del Teide y ya han dejado el paso libre a curiosos y artistas que peregrinan con frecuencia peñas arriba para admirar el secreto de las fuerzas misteriosas, hoy dormidas, y contemplar las inmensas perspectivas que se descubren desde la altura.

El propiamente Pico del Teide es, según frase de von Buch, un monte sobre otro monte. La observación es exacta, porque el famoso y elevado pico se alza sobre otros montes que lo ciñen y le sirven de vestidura sin pertenecerle. La base del pico es tan grande como la del Vesubio, su altura se eleva a 1.700 metros y la formación volcánica es más poderosa que la del Vesubio.

Desde la cañada que rodea la base, se descubren panoramas de sin par grandezza, especialmente cuando las alturas se hallan coronadas de nieve. A través de la diaphanidad de la atmósfera, los objetos parecen perder su distancia y desde el magnífico Teide no es



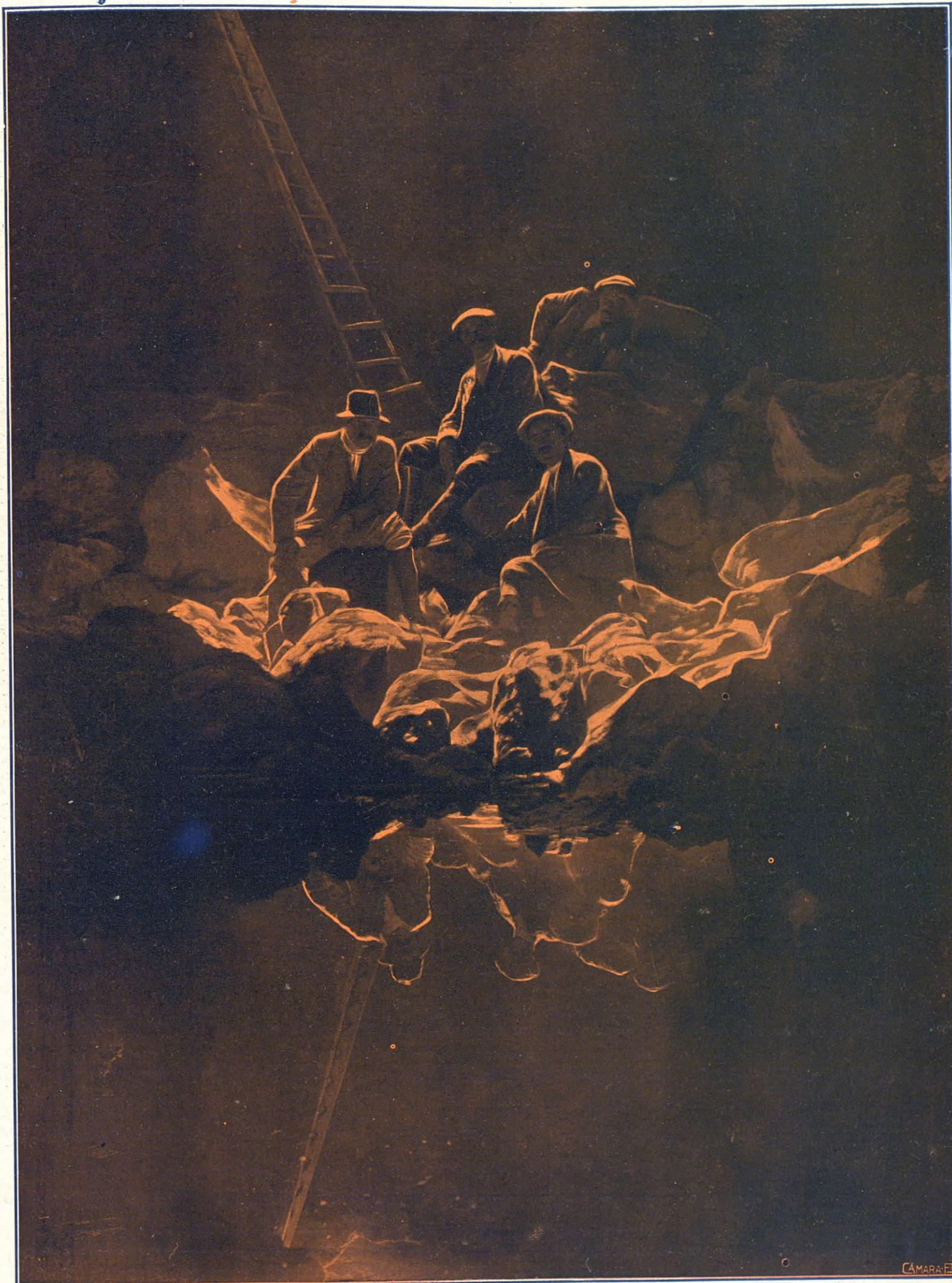
Vista general del cono del Teide y su detalle del cráter, en el que constantemente se aprecian los vapores desprendidos de la tierra. FOTS. ANTONIO SÁNCHEZ

posible estimar la altura de otras montañas. Las rocas que arrancan del círculo que forma la cañada, tienen el aspecto de una pequeña pared redonda, los ríos de lava parecen cintas negras tendidas sobre las escarpas del pico y las hendeduras que los dividen semejan estrechas y finísimas cortaduras. Las masas de lava presentan un aspecto extraño, más notable por hallarse algunas de las escarpas, cubiertas de piedra pómez, que forma campos movedizos.

A grandísima altura está la «Cueva del Hielo», así llamada por la nieve y los carámbanos que hay en ella. El famoso Humboldt atribuyó la congelación del agua que la gruta contiene a una evaporación local muy rápida. Y en una pequeña llanura que tiene el nombre de «La Rambleta», hay varios respiraderos del volcán, a los que los isleños llaman «narices del Pico».

La última parte del Teide es la más escarpada y es solamente accesible por una senda trazada en vueltas en uno de los lados.

## EN EL INTERIOR DE UN VOLCÁN



CURIOSA FOTOGRAFIA OBTENIDA EN EL INTERIOR DE LA "CUEVA DEL HIELO", SITUADA Á 3.450 METROS EN EL PICO DE TEIDE, CUYA CÚSPIDE ALCANZA UNA ALTURA TOTAL DE 3.707 METROS, SOBRE EL NIVEL DEL MAR

FOT. ANTONIO SÁNCHEZ

CÁMARA-FOTO

ATENTADOS  
ARTÍSTICOS

## EL ARCO DE LA ALMUDAINA, DE PALMA DE MALLORCA

No es el actual palacio de la Almudaina, que aún refleja sus fuertes y terrosos muros en las aguas de la bahía de Palma, ni rastro de lo que fué el grandioso edificio levantado por los árabes para residencia de sus ualíes.

Lo único que de aquella construcción se conserva en la propia forma en que existía en tiempos de la dominación musulmana es el arco que en la Edad Media se denominó «Puerta de las Cadenas», y que era en aquellos primitivos tiempos una de las entradas al Alcázar.

El rey Jaime II, en su crónica de la conquista, al narrar el asalto que dieron sus huestes á la formidable fortaleza, refiérese sin duda á él. Cuando el tropel de fugitivos buscaba refugio en la Almudaina para librarse de la mortífera persecución de los caballeros cristianos, atentos á su propia defensa los que dentro se encontraban encerráronse en su recinto, dando lugar á que las armas aragonesas y catalanas hirieran tan fieramente á los musulmanes, que sus cuerpos sin vida formaban montones al pie de las murallas y en el dintel de aquella puerta cerrada, infranqueable para los infelices perseguidos por los soldados del conquistador.

Mucho tiempo antes de la definitiva dominación de Palma por las fuerzas de Jaime II, cuando los catalanes y los pisanos pusieron sitio á aquella plaza en 1115, ya existía la fortaleza ceñida de torres defensivas, amurallado su recinto, inexpugnable por el lado del mar por el enorme precipicio en cuyo borde se levantaba. El estrago de las guerras más que el del tiempo determinó el cambio de forma y de su situación, pero aún ocupa el punto más culminante de la ciudad, destacando su mole ciclópica por lo imponente de su carácter, aunque no con el aspecto de dominio que tenía antes de que la Catedral, levantando sus sólidos muros á más considerable altura muy cerca del Alcázar, empuñara sus proporciones y le quitara la hermosa perspectiva que en otros tiempos debió ofrecer. Mas si se contempla el palacio por la parte del muelle ofrece un severo conjunto de fuerza y gallardía, con sus robustas paredes y sus altas torres cuadradas.

No existen ya ni las almenas que coronaron sus muros, ni la barbacana, ni la torre del homenaje, que en tiempos de sus fundadores alzaba á imponente altura. Desaparecieron también muchos de los artísticos detalles de ornamentación arquitectónica que embellecían el edificio y sólo en alguna de sus puertas conservanse vestigios del estilo mahometano. Con las modificaciones que sufriera en distintas épocas restósele belleza y grandiosidad y hoy es más interesante por los recuerdos que evoca que por sus condiciones artísticas.

En aquellos amplios aposentos en que las pinturas de Caballer substituyeron á los bellos adornos musulmanes cuando el rey Don Jaime II convirtió en palacio la vieja mansión de los ualíes, sucediéronse

escenas cortesanas de un esplendor inusitado, sólo comparables en brillantez con los ejercicios caballerescos de que solían ser escenario las galerías de Poniente, en las que aquella nobleza, que en las jornadas más gloriosas para la corona de Aragón hizo alarde de su pujanza, celebraba sus pintorescas justas.

A mediados del siglo xv los mallorquines celebraron con grandes luminarias y regocijos públicos, entre los que habían de figurar las típicas danzas del país, la llegada del príncipe de Viana, á quien la nobleza recibió también con grandes agasajos. Pero un mandato secreto de su padre sembró de guardias y de espías los aposentos del palacio en los que el príncipe tuvo una prisión más que un cortesano retiro. Aparentemente reconciliado con su padre el rey Don Juan, salió de Palma entre las aclamaciones del pueblo, embarcando con rumbo á Cataluña.

La grandiosa figura del emperador Carlos V vuelve á resucitar en palacio la tradición de esplendores y fiestas interrumpidas durante tan prolongados espacios de tiempo.

El 15 de Octubre de 1541 las numerosas divisiones de las galeras que acompañaban al César á su expedición á Argel poblaban la bahía ensordeciendo la ciudad con sus salvas, á las que respondían en saludo los disparos de la fortaleza.

Bajo palio y caballero en hermoso corcel, en-

jaezado de negro, hizo su entrada en la ciudad con la espléndida comitiva en que alternaban los nobles castellanos con los mallorquines que habían de acompañar al emperador en la expedición de Argel.

Entre las aclamaciones de una multitud que llenaba las calles del tránsito, bajo los arcos triunfales que se habían erigido en honor suyo, dirigióse el soberano al palacio de la Almudaina, no sin haberse detenido asombrado ante los bellos edificios de la Lonja, Santo Domingo y la Catedral, teniendo para ellos elogios efusivos.

Ante tanta magnificencia como se desplegó para festejar su llegada, ante el lujo de los nobles, la belleza de las damas adornadas con sus galas más valiosas y las muestras de lealtad y de regocijo del pueblo y la grandeza de los edificios, tan honda y tan grata impresión recibió el soberano que hubo de condensar su pensamiento en la frase de que encontrado había un pueblo ignorado y un reino culto.

Tres días duraron las fiestas populares en las que tomaron parte los treinta mil combatientes que habían de conducir á Argel las galeras surtas en la bahía, y que desembarcaron siendo agasajados por el pueblo con el mayor entusiasmo y esplendidez.

El luto que por la emperatriz vestía y los arduos problemas del Estado, privaron al César de recibir el homenaje de los nobles con la brillantez de las fiestas palatinas en las reales cámaras, así que cumplido su propósito de atender á las peticiones que en favor de Mallorca le presentaron los Jueces, con mayor acompañamiento del que había traído porque fueron muchos los nobles que quisieron seguir su suerte en aquella expedición que emprendía, embarcó cinco días después, seguido de la poderosa armada.

Antes de que obras torpes y sin concierto alteraran la suntuosa belleza del palacio de los Beni Gauyas, para adaptarlo á usos bien distintos de aquellos para que había sido edificado, antes de que viniera al suelo su grandiosa y monumental torre del Angel, la Almudaina era un edificio asombroso. Su lienzo oriental no aparecía empuñado como ahora por la soberbia mole de la Catedral. Elevadas á mayor altura sus tapias y sus tres torreones avanzados, no presentaba la desnudez y la irregularidad que hoy, y sus dos arcos de entrada, de arábigo carácter, tenían mayor lucimiento.

Sobre la cuesta de la Catedral seguía la línea de Torres, una de las cuales, la que ocupaba el ángulo denominada «de las cabezas», al nordeste, era famosamente trágica porque allí se exponían las de los reos de Estado á la pública contemplación.

Embelllecían las fachadas hileras de rasgados ajimeces en vez de los miradores, balcones y ventanas de todos gustos y caracteres, abiertos á la ventura en distintas fechas y mirando al



Arco de la Almudaina, denominado en la Edad Media con el nombre de «Puerta de las Cadenas», y que no obstante ser uno de los escasos restos de la dominación musulmana y constituir un interesante monumento histórico y artístico, va á ser demolido por acuerdo del Ayuntamiento de Palma, con el único fin de ensanchar la calle en que se halla



Alcázar de la Almudaina, que fué de los soberanos moros, y más tarde residencia de los reyes de Mallorca, y que aún se conserva, aunque sensiblemente modificado

FOTS. A. BONILLA

Sur, sobre la esbelta galería ojival que domina el mar, levantábase un segundo cuerpo terminado por vasta plataforma y flanqueado por cuadradas torres de las que destacaba por su elevación la del *Angel*, que aunque rebajada en 1756, erguíase aún á imponente altura en 1851.

Increible parece que á pretexto de ensanchar la calle en que se encuentra, haya acordado el Municipio de Palma demoler el arco que se llamó «Puerta de las Cadenas», y que respetado por el tiempo y por las desatinadas reformas de que fué víctima el Palacio, constituye el más puro

é interesante recuerdo de aquellos días en que, señores del territorio los ualíes, fué Mallorca conquistada por Don Jaime II para ser más tarde uno de los más ricos florones de la Corona de Castilla.

JUAN BALAGUER

## Cuentos Españoles



## Historia del hombre que comía pájaros fritos

**L**a Providencia del Labriego» había, por fin, hallado su hombre. Yo lo supe por una conversación que, al salir de la iglesia, sostuvieron el delegado de la compañía y la madre de Andrés Perchel.

—Y dígame, don Genaro, ¿sirve?

—¿Que si sirve? ¡Vamos! Usted es su madre y creará que quiero halagarla. Mire usted si sirve, que en lo que va de año la compañía ha logrado más pólizas que en los tres que le precedieron juntos.

—Pues yo no creía... Es tan tímido, tan modesto...

—Sí, pero los campesinos prefieren un hombre así á esos que les aturden prometiéndoles el oro y el moro. Créame, su hijo es una alhaja.

Andrés Perchel era, en efecto, un muchacho que reunía todas las cualidades apetecibles para tratar con los labriegos el seguro del ganado y las cosechas. Inspiraba la misma confianza que el notario ó el confesor. Su cara redonda, tan bonachona, y aquellos sus cándidos ojos azules, no despertaban la menor sospecha, pero sí todas las confianzas. Era alto, fornido, recio, y había en toda su persona cierto miedoso encogimiento que hacía que os acercáseis á él, tan alto y poderoso de figura, como á un niño ó á un anciano.

Andrés, al amanecer, montaba, cada día, en su «Soltero»—un borrico de panza blanca y todo él de un pelo de rata fino y reluciente—y salía al campo, fiel al itinerario que se trazara antes

de acostarse, después de rezado con su madre el rosario y el padrenuestro para el padre difunto y el de los caminantes y el de los navegantes de la mar sagrada. Eso en tiempo de calma, que si retumbaba el trueno se añadía el trisagio seráfico:

«Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal...», rezaba la madre y repetía Andrés llenando toda la estancia con su presencia y alejando el miedo con sus pasos recios de varón fuerte.

—Después de la lluvia—aseguraba Andrés Perchel—, el campo es más hermoso. Un pájaro al volar deja en el aire como una estela de luz.

Andrés, al decir esto, cerraba los ojos.

Los del pueblo se reían como bobos que eran. En cuanto á mí no se más sino que una extraña conmoción me recorría el espinazo.

Un día le oí decir, con el rostro iluminado:

—Para escuchar el pío de los pájaros, salido del fondo misterioso de la fragante copa de un árbol, nos paramos muchas veces «Soltero» y yo.

Los bobos reían.

—A veces—insistía Andrés—callan, pero en seguida nos toman confianza y tornan á su conversación.

Yo sabía que en ciertos parajes los pájaros bajaban de las ramas para picotear en las propias manos de Andrés, llenas de trigo ó de cualquier otra sabrosa golosina pajaril. Mas Andrés lo negó siempre por respeto al Santo de Asís, cuyas «fiorette» eran su lectura predilecta. Decir

que á él le ocurrían cosas parecidas á las del Santo, lo tenía por imperdonable irreverencia.

Llegaba á una casa de campo y enseguida se le abrían todos los brazos. Aquellos hombres rudos se franqueaban con el forastero, y el consejo que Andrés solía darles, de que asegurasen el ganado y las cosechas, no sólo era acatado, sino bendecido por todos, que lo tenían por sabia y prudente disposición.

«La Providencia del Labriego» llegó á ser una sociedad poderosa. En una de sus reuniones, la junta de accionistas acordó recompensar á don Andrés Perchel trasladándole á las oficinas de Madrid con aumento de sueldo y de categoría.

Perchel aceptó. Acababa de morir su madre y aceptó.

ooo

El empleado de «La Providencia» llegó á Madrid en otoño. ¡Ay, la dulzura del otoño madrileño! Llegó al atardecer. Una sola nube roja navegaba por el azul. Andrés Perchel pudo observar que los crepúsculos que en su pueblo eran de oro, en Madrid eran de plata. Y vió esa luz de plata besar las nobles piedras de los viejos y severos palacios á cuya vista comprendió el prestigio de la corte.

Perchel anduvo unos días errante. Tenía quince de licencia. Y se los pasó vagabundeando, en un divino ocio, por los parques y jardines. Era aquel joven enlutado que sin duda visteis en el Retiro, con un libro abierto, paseando por los

caminitos de cuentos de hadas que forman los bojes recortados.

Mas llegó el día de entrar en la oficina. Los amigos le invitaron a ir al café.

—Esas gentes—decía Perchel malhumorado—se pasan el día en el café.

El hizo lo propio. Como los jardines estaban lejos y mucho más los campos, sólo le quedaba tiempo para ir al café. Iba del café a la oficina y de la oficina al café.

Un día, dijo en la tertulia:

—No sé cómo las autoridades permiten esas salvajadas!

—¿Qué te pasa, hombre?

—¿Quién te ha molestado?

—No—dijo Andrés—me refiero a esos rimeros de pájaros que impudicamente se exponen al público. Los crudos me recuerdan la dulce tibieza de sus cuerpecitos comunicándose a la mano que los aprisiona. Soplas suavemente el plumaje y descubres palpitante esta misma carne que ahora contemplo con horror. Pues, ¿y los fritos? Vamos, no digáis que no sea un crimen.

Los bobos de Madrid se rieron lo mismo que los bobos del pueblo. Pero más atrevidos, dijeron: —Vamos a comerlos.

—Verás qué sabrosos están.

—Anda, no seas bobo.

—Hay que ver lo que mejora el vino después de comerse un pájaro.

Andrés Perchel palideció. Era la misma esce-

na que había precedido a su vulgarísima caída en brazos de una ramera.

Sin darse cuenta, vióse en una taberna y sintió con horror indecible, que un pájaro le entraba en la boca. No tuvo más remedio que comérselo.

\*\*\*

Andrés Perchel se harta todos los días de pájaros fritos. Toda sensibilidad se ha extinguido en él y se ríe, con sus amigos los bobos, de todo alto pensar y de toda vida recta.

Cierto día, en el café, sentáronse a la mesa del lado de la de Perchel y sus camaradas, dos jóvenes pálidos, de grandes ojos escrutadores y de cierto distinguido desaliño en el vestir.

Perchel, que vestía muy a lo señorito chulo, se «chungueó» de aquellos tipos. Ellos no le hicieron caso. Tenían un libro abierto, leían y discutían. De pronto Andrés palideció. Uno de los jóvenes leía, en voz alta, a Gracián y pronunció con extremada claridad, aquel párrafo en que dice, el maestro de maestros, al hablar de los pájaros: «Ibame escuchando sus regalados cantos, sus quiebro, trinos, gorjeos, fugas, pausas y melodía, con que hacían, en sonora competencia, bulla el valle, brega la vega, trisca el risco y los bosques voces, saludando lisonjeras siempre al sol que nace».

Al llegar aquí, el hombre que comía pájaros fritos se puso de pie.

Y el lector: «Aquí noté, con no pequeña admi-

ración, que a todas las aves concedió la naturaleza este privilegio del cantar, alivio grande de la vida...»

No pudo continuar. Andrés Perchel, de un manotazo, hizo rodar el libro por el suelo. Se imaginó, el pobre, que aquella era la voz de su conciencia.

El mozo agredido, no era manco, y le propinó algunos puñetazos en el rostro. Rodaron por el suelo, intervino el público, y los guardias se los llevaron.

Al día siguiente, Andrés Perchel no pudo ir a la oficina, ni al café, ni a la taberna a comer pájaros fritos. Se acaloró tanto, que el cierzo del Guadarrama pudo herirle de muerte, con una gran facilidad.

\*\*\*

Nadie supo más de él. Sus amigos en no viéndole le olvidaron.

El otro día me trajo a la memoria esta historia vulgar del pobre muchacho, el ver en el cementerio—junto a un montón de tierra removida—a unos pajarillos picoteando en las cuencas vacías de un cráneo.

Bien pudiera ser, me dije, el cráneo... Andrés Perchel.

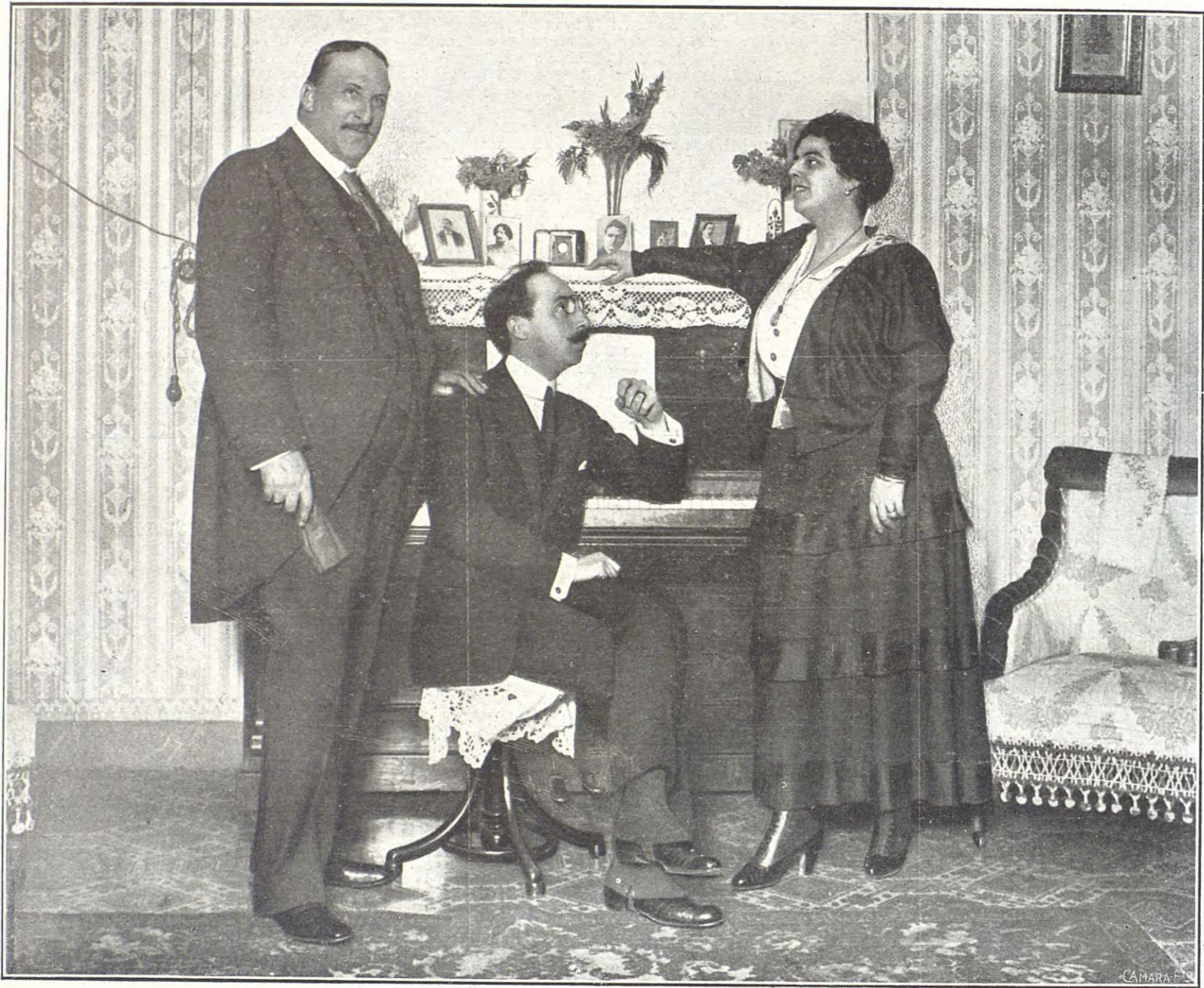
Bueno; hay que reconocer que a ciertos hombres a veces se nos ocurre cada tontería...

SANTIAGO VINARDELL

DIBUJOS DE MARÍN



# LOS ARTISTAS DEL TEATRO REAL



Mattia Battistini, el maestro Panizza y María Llacer

**T**ERMINADA la temporada de invierno en el regio coliseo, podemos hacer algunas apreciaciones de los artistas que han pasado por aquel escenario sin que ningún motivo extraño á la justicia informe nuestra humilde crítica.

María Llacer, la insigne artista, ha llevado el mayor y más variado trabajo durante la campaña última. La flexibilidad del ta ento de esta bella soprano ha podido vencer siempre las dificultades que se le han tenido que presentar en los variados y complejos personajes que vivió y encarnó en la escena. El público ha tributado á María Llacer, como cantante de voz irreproachable y como artista concienzuda y exquisita, los aplausos más entusiastas, demostrando la concurrencia en sus justas y clamorosas ovaciones que la labor artística realizada por la soprano valenciana, era del agrado del público madrileño, que vería con gusto la reaparición de la señora Llacer en la próxima temporada.

El veterano barítono, Sr. Battistini, ha reaparecido en el escenario del teatro Real, y hemos de confesar que la expectación pública no quedó defraudada. Battistini se halla en el apogeo de su personalidad artística, su voz potente no ha desmerecido en nada, y en cuantas funciones ha tomado parte, el auditorio en masa le ha prodigado su aplauso. El maestro Panizza, formidable director de orquesta, ha realizado una labor



María Llacer, en "Lohengrin"

artística digna de un cíclope. Incansable, como María Llacer, ha sido admirable y aplaudido sostén de la campaña. Cuanto se diga en elogio de este músico, será debida justicia que se le haga.

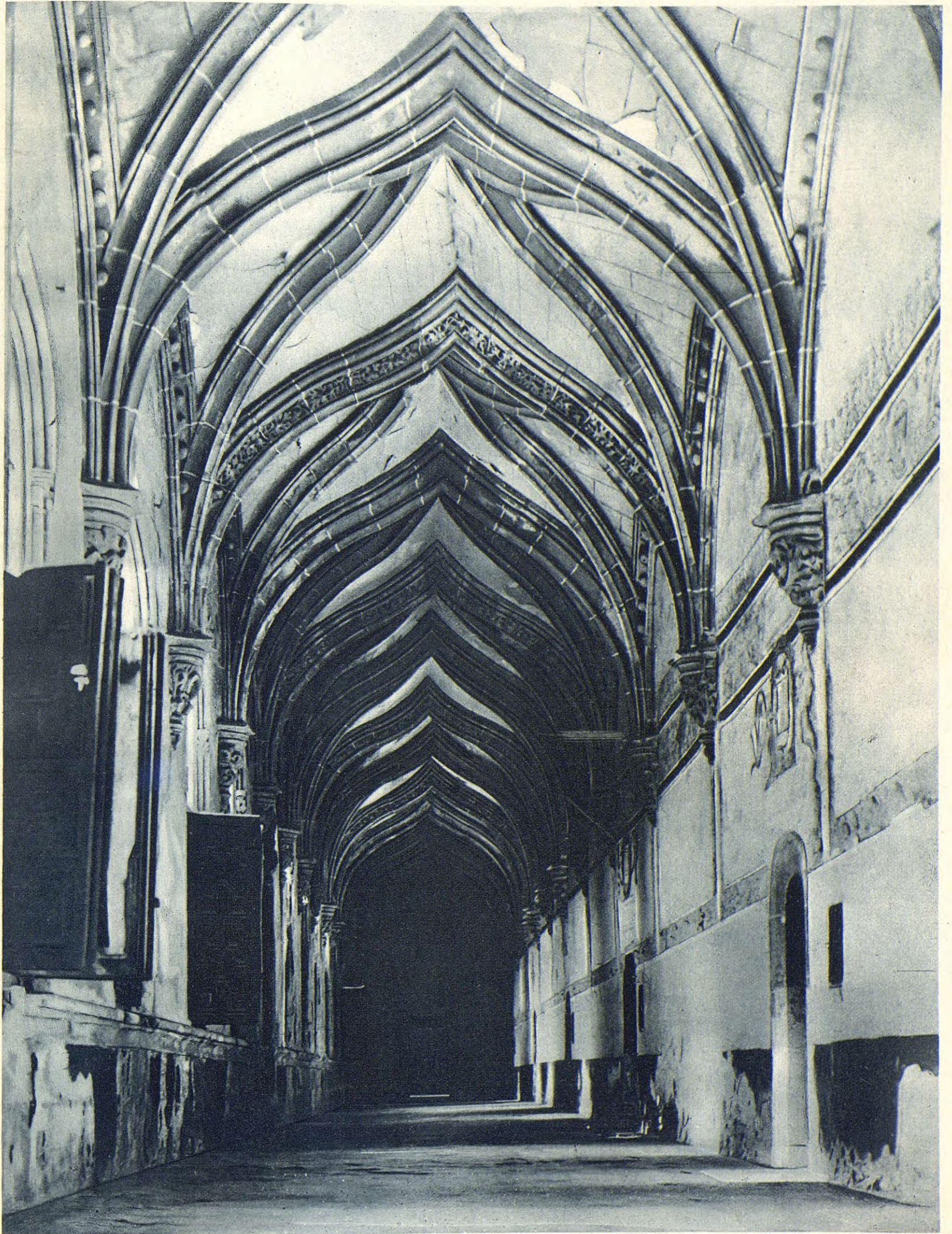
No podemos terminar este trabajo sin decir cuatro palabras respecto á la labor de conjunto llevada á cabo por el empresario señor Casali. Ponerse al frente de la dirección artística y económica del regio coliseo en la presente temporada debió considerarse como empresa tan difícil, que sólo el señor Ercole Casali se atrevió á afrontarla. Los obstáculos que ha tenido que remover, las dificultades que ha tenido que vencer, han sido innumerables y complicadas. Para nadie es un secreto que sólo la paciencia, habilidad y competencia del señor Casali han podido triunfar terminando decorosamente, con el respeto y el aplauso de todos, la jornada artística más ruda y penosa que por mil causas se ha realiado en el regio coliseo desde que su escena fué inaugurada.

Señor Casali: mil parabienes por su asombroso éxito y que la nueva empresa que organice los trabajos artísticos en lo porvenir le tenga á usted como cabeza visible.

Esto mismo que decimos nosotros hemos escuchado á muchos abonados que juzgaron la campaña de Casali con estricto espíritu de equidad.

LA ESFERA

# ESPAÑA ARTÍSTICA Y MONUMENTAL



CLAUSTRO DEL MONASTERIO DEL PAULAR



UN ATARDECER EN EL LAGO DE LUGANO

Fot. Wehrli A. G.

LA ESFERA

# TIPOS MARROQUÍES

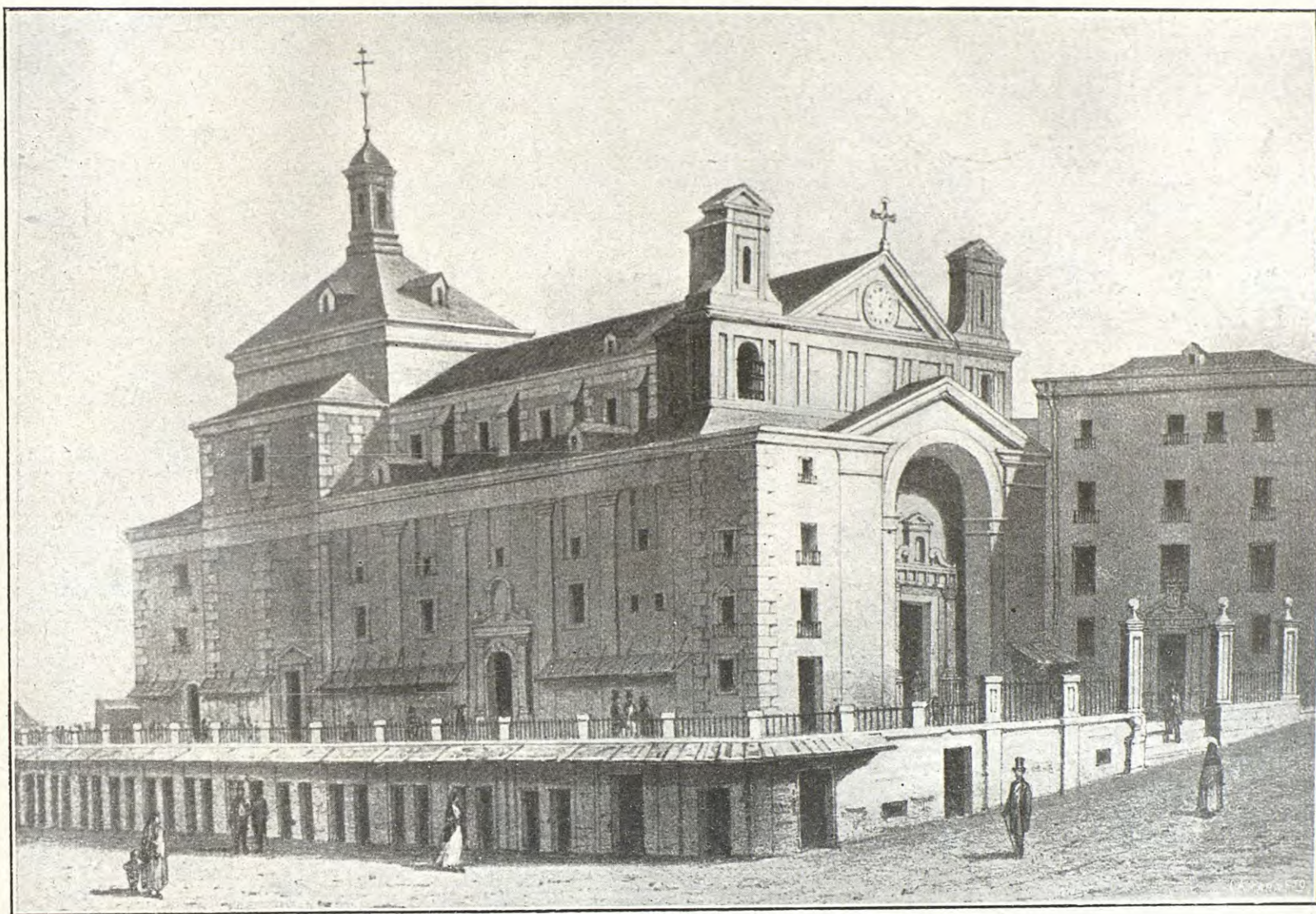


ANCIANO MORO

Fot. Alvargonzález

BELLOS RECUERDOS  
DEL MADRID VIEJO

## LAS GRADAS DE SAN FELIPE



La iglesia y convento de San Felipe el Real, según una estampa de la época

Ou, el más insigne estrado que hasta los comienzos del siglo anterior hubo en la cortesana Villa; no sé por qué os recuerdo á este tiempo como si me hubiérais sufrido sobre vuestras losas en las agradables horas de sol por estas mañanas de Marzo!

Siempre que emboco en la calle Mayor os echo muy de menos, deténgome ante el sitio donde os alzásteis y con muy honda é intensa melancolía, digo muy recogidamente para mi ánima: «Aquí fueron».

Yo he subido á vuestra lonja muy pausadamente, recogiendo los vuelillos de la capa, he dado algún cuarto á los pobres y en vez de entrar en el templo á cumplir como cristiano, me he detenido en vosotras á oír la gaceta diaria.

Nunca dejásteis hambrienta mi curiosidad. Cuand no tenáis noticia cortesana que darne, ya venida del Buen Retiro, ya de las Losas de Palacio ó del Senado de los Pícaros de la Plaza Mayor, dabais melas de Italia, Francia ó de Polonia, y yo admitíalas con tanto gusto, satisfacción y regodeo como si de todas las patrañas hubiere sido festigo.

Un poco más arriba, y á la sombra vuestra, hubo una mancha que protegieron tanto como si fuera una santa fundación el monarca más austero y la corte más devota que tuvo España; y tantas veces, comentando el próspero negocio, profanamos el sagrado del lugar á quien valían por antesala; pero entrábamosen en él, reconciliábamosen y ya nos tenías tan limpios como la plata bruñida.

Desde vosotras ví una noche

cálida del Agosto venir un tropel de gente que entremedias, y con muestras de mucho sentimiento, traía un hombre moribundo; entráronle en el zaguán de la casa del Correo y resultó ser el dueño de ella, D. Juan de Tassis Peralta, conde de Villamediana. Allí mismo expiró.

A la mañana siguiente os preguntaron:

«Mentidero de Madrid.  
Decidnos: ¿Quién mató al conde?»

y respondísteis en voz baja que

«el matador fué Bellido  
y el impulso soberano»

Años después, y también por el estío, que se me acuerda que fué en Julio, dos días antes del Carmen, cruzó por vos un hombre muy galán, de porte muy distinguido. De nadie llamó la atención. A poco sacábanle arrastras hombres y mujeres magullándole á puros chapinazos y toriscones.

Diz que había entrado en el templo muy comedido y devoto pero que llegóse al altar mayor y tomado del demonio (¡Dios nos libre!) comenzó á blasfemar desta suerte:

—Sea por siempre alabado el Santísimo Sacramento del Altar y María Virgen Santísima concebida con mancha de pecado original.

Conforme sabíase el sacrilegio crecía el tumulto y desentendáronse muchas espadas ansiosas de ensartarle. Llegaron dos familiares del Santo Oficio y pudieron arrancar de las iras devotas, conduciéndole muy mal herido á la cárcel de la Inquisición.

Fuisteis el mirador mejor colocado de Madrid, puesto que estábais al comienzo de la *rúa*, y en más teníase el pasar ante vos que ante los balcones del Alcázar.

Las primeras exposiciones de pinturas, á vuestro amparo fueron. No hubo procesión religiosa ó cívica, ni comitiva de gorja ó duelo que no os pasara por delante, así azotados truhanes á lomos de asnos escualidos, como reyes y príncipes triunfando en riquísimos trenes.

Yo vos añoro y echo muy de menos como si fuésteis cosa vivida, Mentidero de Madrid, Gradas de San Felipe...



Claustros de San Felipe el Real

Diego SAN JOSÉ



## LA TROVA DEL JUGLAR

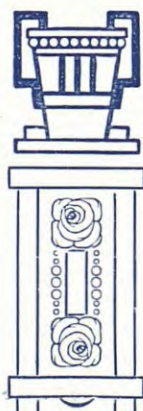
Es cruel como un ogro Ximena la Infantina...  
Parece hija del diablo y de una concubina...  
¡De sus manos te libre el Señor, golondrina,  
pues sacará tus ojos con una aguja fina!...

¡Lebrel, si amas la vida y conservarla quieres,  
huye como de una víbora, si la vieres,  
pues te dará resiente con puntas de alfileres!

A su puerta no llames, pobre mendigo anciano,  
que está cerrada á todo sentimiento cristiano!...  
¡Te arrancará las barbas de armiño con su mano!...  
¡Te echará á la pocilga donde gruñe el marrano!...

El cuerno del viandante no soples, buen juglar,  
ni á su presencia nunca te pongas á trovar,  
que ella, el laúd, tu única gloria, te ha de quebrar!...

¡Es malvada! Sus manos que envidian serafines,  
por las que tantas lanzas rompen los paladines,



derriban los nidos que alegran los jardines,  
y matan las abejas con ramos de jazmines!...

Y con sus escarpines de oro, en el sendero,  
le trocha las patitas al implume jilguero,  
y aplasta á las hormigas que van á su hormiguero.

¡Oh, pobre paje rubio, que por el huerto en flor,  
de la Luna de Mayo bajo el claro fulgor,  
vagas como una sombra, sollozando de amor,  
hasta caer rendido al pié del surtidor!...

¡Antes de ver los ojos que causaron tu pena,  
más te valiera paje, colgarte de una almena,  
que es cruel como un ogro, la Infantina Ximena!

F. VILLAESPESA

DIBUJO DE OCHOA

# LA HERENCIA FATAL



Sancho.

Desde una cumbre, que se yergue, aislada,  
sobre la inmensa soledad del campo  
como esfinge que guarda, pensativa,  
la misteriosa entrada de un arcano,  
un tigre, de pupilas relumbrantes  
de luz, y de enarcado  
cuello flexible, y de pulmón que bate  
con el soplar de un abrego,  
viendo la lid á que se entregan, rudas,  
dos fieras, de enrespados  
pelajes, y de zarpas  
como iracundos garfios,  
dice, en aliento que, al vibrar, remeda  
los vendavales ásperos:

Bien está que luchéis, porque en la lucha  
se temple en acerado  
nervio la zarpa que enervó la blanda  
molición del descanso.

Bien está que luchéis, porque en la lucha,  
tras del esfuerzo, el vencedor, gallardo,

unce, feliz, á su robusto cuello  
de la victoria el rutilante lauro.

Bien está que luchéis; pero que nunca  
sea la lid sin recibir agravio;  
sin que antes hiera vuestra carne el filo  
del enemigo dardo.

Sed... lo que sois, sin envidiar la casta  
de aquellos que grabaron  
en su escudo de honor, como un gran timbre,  
la mancha del pecado.

Nosotros, en las selvas,  
si no es por hambre ó por amor, llevamos  
la venturosa vida de corderos  
reunidos en rebaño.

Nosotros no sentimos de la envidia  
el torcedor amargo,

ni los negros rencores que envilecen,  
ni la máscara doble del engaño.

Para inflamar la voz de nuestra sangre  
de fiera, es necesario  
que el cazador hostigue nuestro lomo  
con golpes de venablo.

El cazador; ¡el Hombre! El que pregonar  
que su conciencia es rayo  
de esplendorosa luz, mientras que, en sombras,  
vaga, sin freno, nuestro instinto bajo.

Yo solo sé, que nunca  
de nuestro origen claro  
nació un Caín, de cuya sombra, aún sigue  
manchada en sangre la proterva mano.

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

DIRUJO DE SANCIO

## NUESTRAS VISITAS



## IGNACIO IGLESIAS

**L**ECTOR: hémos otra vez en Barcelona bajo su sol primaveral y en sus amplias vías de ciudad cosmopolita. Hace algunos meses, al final de una crónica, decía yo que no tardaríamos mucho tiempo en volver á la bella capital orgullo de España... Así ha sido... El recuerdo, el gratísimo recuerdo que dejó en nuestro espíritu la anterior visita, nos arrastra al fin á Barcelona. Llegamos en una mañana de luz maravillosa. En Madrid habíamos dejado á los bombros y á las máscaras liados á brazo partido con la nieve y aquí en Barcelona nos estorbaba el abrigo y tomábamos los aperitivos en la terraza de la *Maison Dorée*. Este contraste os hablará con más elocuencia que mi pluma de la transparencia de su cielo, de las caricias de su sol y de la dulce temperatura de estos días...

A Campúa y á mí los barceloneses nos aco-

gieron como á unos antiguos camaradas... ¿Y quién dijo que los catalanes son huraños, adustos é incommunicativos?... Nada de eso. Lo que ocurre es que el catalán, que por regla general es un gran psicólogo, sabe seleccionar los espíritus en quienes confiarse... Por esto mismo sus afectos tienen más valor.

Nuestro «corro» de la *Maison Dorée* antes de las comidas era numerosísimo... Escritores, artistas, comerciantes y políticos que fraternizaban con nosotros. Allí nos encontrábamos tan á gusto como entre nuestros amigos de Madrid ó de Sevilla ó de Málaga. Ser catalán en Cataluña, aragonés en Aragón y andaluz en Andalucía, no es una virtud: es casi una obligación de todo buen español. Aquí y allá todo es Patria. ¿Qué más da?...

Contemplaba yo la cabeza de Ignacio Iglesias y al fin, sin poder callar mi impresión, le dije:

—Estas cabezas tan artísticas, tan bellas, sólo existen en Barcelona...

Iglesias, sentado frente á mí en su modesto pisito del Paseo de San Juan, al oír esto sonrió satisfecho y replicó:

—Mire: es posible que lleve usted razón. Rodin, el gran escultor francés, cuando estuvo aquí hizo la misma observación.

La cabeza de Ignacio Iglesias, como la de Rusiñol, como la de Pompeyo Gener, parece la de un profeta... Sus largos cabellos negros ya comienzan á ser invadidos por hilos plateados... La expresión de su rostro largo y de tez cetrina, poblado de barba negra, es dulce y noble. Como es muy alto, cuando habla se encorva un poco como si fuese á tender la mano á un niño ó á un

desvalido. Se expresa con vehemencia, con apasionamiento. Pronuncia con firmeza y su voz es un poco nasal... La primera impresión que me produjo Ignacio Iglesias fué desagradable... Su altivez y su indiferencia me ofendían. A los dos minutos habíamos rectificado él y yo y nos unía un nexo de profunda simpatía...

—Desde sus primeras palabras—le dije—estoy observando que usted es un hombre raro...

—¿En qué sentido?...

—No lo sé todavía... Hasta ahora sólo veo que no es usted un espíritu corriente. Al final de mi conversación le diré si es usted mejor ó peor que los demás. ¿Usted qué cree?...

Iglesias meditó un momento mientras se atusaba su barba puntiaguda. Al fin, con un aire de franqueza casi infantil, repuso:

—Hombre, yo no sé lo que soy; no sé clasificarme; yo *me siento* un hombre de bien y procuro ir á todas partes con mi bandera, que es defender al débil. Yo no he podido jamás vivir en el marco estrecho de un partido; me ahogo. Por ejemplo, yo soy catalanista; pero no acepto esa teoría absurda y estúpida de que los castellanos son unos haraganes, ¿eh? Yo, en todo español, veo á mi Patria y en Cataluña veo á mi madre. Lo más característico en mi espíritu es el amor humanitario; lo más saliente el sentimiento de la fraternidad; yo siento la ternura del hombre fuerte ante la contemplación de la vida y quiero resolver todas las cosas en amor. El dolor y yo nos hemos encontrado ¡muchas! muchas veces y jamás he vuelto el rostro ante él; al contrario, donde he presenciado que estaba, allí he acudido presuroso con mis consuelos y, aunque no sienta quejarse á nadie, siempre voy á donde él me emplaza.

—He observado que en Barcelona, y sobre todo entre los obreros, es usted muy popular; lo consideran casi un patriarca.

—¡Oh, amigo mío!; no hay nada más popular que el dolor y yo vivo entre el pueblo que sufre; por eso mi popularidad.

—¿Nació usted en Barcelona?

—Sí, señor.

—¿A qué edad comenzó usted á escribir?

—Casi era un niño. Mi padre estaba en Lérida de jefe de depósitos de máquinas del Norte; yo estudiaba el bachillerato. Entre los estudiantes, dábamos funciones en las cuales yo hacía de director, actor y pintor. Y como tenía ocasión de estrenar y tenía público, hice un drama en tres actos que se titulaba *La fuerza del orgullo*.

—¿Gustó?

—Claro que sí.

—¿Cuántas obras ha escrito usted?

—Escribí muchas; no sé; estrenadas, más de cincuenta.

—¿Cuál es la que le ha dado á usted más gloria y más dinero?

—*Los viejos*... Además me parece á mí que es la que más quiero porque es muy sentida y la hice en plena vida, rodeado de todos los personajes y viéndola mientras la escribía.

Hizo una pausa; después me preguntó:

—¿Le viven ó le han vivido á usted sus padres hasta verlos viejos?

—Mi padre murió á los setenta y cinco años.

—¡Ah! Entonces usted lloraría viendo esa obra. A mí lo que más

me interesa de la vida son los viejos y los niños; por su debilidad, por su ternura, sobre todo por su ingenuidad. Yo, cuando voy por la calle y me tropiezo con un ancianito pobre que tiembla mucho y que no puede casi arrastrar los pies, siento deseos de abrazarle, cogerle en brazos y llevarle á donde vaya... Aquí, en Barcelona, en los viejos padres de esta generación mía, se ven cosas divinas. ¡Qué placidez patriarcal, qué inmensa poesía tienen esos rostros rugosos y curtidos; qué soberana honradez respiran!... A mí me han ocurrido cosas interesantes con los viejos del pueblo... Ellos acuden á mi casa en todas sus tribulaciones y dudas.

—¿Siempre escribió usted en catalán?...

—Siempre en catalán. En castellano no me atrevo porque no sabría hacerlo.

—¿Y ha estudiado usted alguna carrera?

—No, señor. Mi padre quería que estudiase para médico ó para ingeniero; pero mi afición principal era la pintura, y después el teatro.

—Luego entonces, ¿pintaba usted también?...

—Mucho; pero como los éxitos del teatro son más ruidosos y repercuten más que los de la pintura, se apoderaron poco á poco de mi vanidad y de mi espíritu.

—¿Cuál fué la primer obra seria que estrenó?...

—*El ángel de barro*, que fué un alboroto, y á los pocos años *El Escuerzo*.

—Yo encuentro algo de semejanza entre el teatro de Dícen y el de usted.

—No; yo no veo esto. Aquí en Mayo, cuando para celebrar la fiesta del trabajo se pone *Juan José*, á mí me revienta. *Juan José* es un drama pasional y romántico; pero jamás socialista. Yo no hago mitin en el teatro. Las cuestiones sociales que toco, procuro resolverlas con el amor, jamás con los tiros. A mí me gusta hacer

un teatro heroico, pero en el sentido de fortalecer las almas de los hombres para luchar y para cantar la vida. Ahora bien; hay que tener en cuenta que el escenario no es el libro; en el libro se puede decir lo que se quiera; cuando se escribe para el teatro hay que pensar en que aquello lo han de ver los niños. El arte teatral es como una mesa bien servida, que todos comen según su apetito; quiero decir, según su cultura. La misión del dramaturgo yo entiendo que es: recoger elementos de la vida, pasarlos por el crisol de su espíritu y devolverlos al pueblo, haciendo resaltar el bien y el mal. Hay algo de misticismo en eso, ¿verdad?...

—Verdad—asentí—. ¿Le produce á usted mucho el teatro?...

—Muy poco... ¡No ve usted que no tenemos artistas para el teatro catalán! Esto ha venido hasta ahora siendo una especie de conservatorio del teatro castellano. Nuestras obras hacen artistas, y estos artistas después nos abandonan.

—¿Cuántas obras tiene usted traducidas al castellano?

—Seis ó siete, que me aplaudieron mucho; pero no me han pedido ninguna más: se conoce que no intereso.

—¿Del teatro castellano, cuáles son sus obras preferidas?

—*El abuelo*, *Voluntad* y *Los condenados*... Me parecen la cúspide teatral... *Los condenados* la he traducido yo al catalán con un entusiasmo, con un cariño, con un amor, como si fuera una cosa mía.

—¿Cuáles son los autores castellanos más aplaudidos en Cataluña?

—Entre los profesionales, entre la gente culta, que escribe y que piensa, Benavente, y

entre el público en general, el público de cine, los Quintero. Yo un día ví un sólo acto de *Las de Caín* y le digo á usted que me retiré indignado; yo no comprendo cómo un artista con aquellos elementos ha podido hacer un sainete. Vamos, ¡no lo comprendo!... Si aquello es una tragedia espantosa. Aquel padre que se gana la vida traduciendo; aquel hogar; aquellos niños... ¡Qué impiedad! El teatro castellano es un poco cruel. Es muy triste ver á un público regocijarse durante tres horas con las miserias de un hogar y las vicisitudes de un semejante, como ocurre con *Las de Caín*. El comedógrafo debe ser escultor de almas, jamás caricaturista de miserias.

—¿De qué vive usted, Iglesias?...

—De lo poco que gano en el teatro y de mi propia modestia; yo vivo muy modestamente; pero no necesito más dinero para mis necesidades, y jamás escribo con los ojos puestos en la taquilla. Yo prefiero que me protesten una obra que yo crea buena á que me aplaudan una que sea mala, porque la gente crea que es buena.

La sinceridad de Iglesias, su ingenuidad casi infantil, su transparencia espiritual se había ya adueñado de nuestra alma... Caía la tarde y salimos á dar un paseo en *auto*. Por donde pasaba el maestro catalán, dejaba un murmullo de simpatía y de admiración.

EL CABALLERO AUDAZ



El ilustre autor catalán Ignacio Iglesias, en uno de sus paseos por las afueras de Barcelona  
FOTS. CAMPÚA

## LA RUBIA DE LOS PATINES

DIBUJOS DE RAMÍREZ



## SONETOS.

### SUS MANOS

*Son blancas como nardos y como seda suaves;  
manos castas de monja, flexibles, impolutas;  
que tienen la molición del buche de las aves  
y del incienso que arde las lánguidas volutas.*

*De sus dedos agudos a torno, intelectuales,  
los viles menesteres nunca se hicieron dueños;  
acariciando rosas, terciopelos, misales,  
nostálgicas soñaron con místicos ensueños.*

*No parecen de carne, sino mármol carnosos;  
exangües, marfileñas, que cuando se entreabren  
se truecan en palomas de plumaje armiñoso.*

*Están como impregnadas de blancas melodías...  
Son manos eucarísticas que en silencio me abren  
la puerta a los ensueños y a las melancolías.*

### MI BUEN RETIRO

*Yo vivo en los contornos de Bayona la verde,  
en una vieja villa de jardín floribundo,  
lejos del mundo recio, del vanidoso mundo,  
sin que nadie—¡oh, delicia!—de que existo se acuerde.*

*Libros de todas clases, antiguos y modernos,  
científicos, de arte, de crítica, de historia,  
me enseñan de esta vida trágica transitoria  
los eternos conflictos, los sofismas eternos.*

*En las noches de luna mis frisezas paseo  
en el silencio umbroso de sus alamedas  
—de brisa y de follaje lírico cuchicheo—*

*y en rimas se conciertan, musicales y llanas,  
mis emociones varias, ya fúnebres, ya ledas,  
entre el canto del buho y el croar de las ranas.*

### CREPÚSCULO GRIS

*Crepúsculo violáceo de grises lejanías;  
la catedral desgrana en tu paz lentos sonos.  
¡Oh, pinar de susurro que son como agonías,  
en el porraceo bosque, de ocultos corazones!*

*En la ruta desierta tranquilidad muy honda;  
agua inmóvil sin quejas, son de flauta del buho  
cual agujero isócrono que abriesen en la fronda.  
Del viento y del follaje, me'ancólico dao...*

*A la lenta agonía de mis pobres dolores,  
hora cogitabunda, sin que te llame, asistes,  
cual se abren al beso crepuscular las flores,*

*meditación que sueña en medio de la calma...  
Da en la tarde la hora de los recuerdos tristes  
y da la media noche silenciosa en mi alma.*

### LA NORIA

*Arrugas en la frente, en la cabeza  
nieve, en la boca rictus de cansancio;  
en los babosos músculos, pereza,  
y en el cerebro, un pensamiento rancio.*

*Renévanse las formas: primavera,  
otoño, invierno y vuelta a la frescura  
y al verdor legambroso de la era  
y de la dieta a la carnal hartura.*

*Cae la tarde: sus igneos azafranes  
dando las mismas sombras al bucólico  
silencio—adiós del día a los afanes—.*

*El mismo dulce cuadro vespertino  
y al son del mismo canto melancólico,  
se aleja, la hoz al hombro, el campesino...*

Emilio BOBADILLA  
(Fray Candil)

DIBUJO DE ECHEA

## ENSEÑANZAS DE LA CAMPAÑA



Automóvil-ametralladora inglés, detenido por una avería y recompuesto en pleno combate

## EL AUTOMOVILISMO EN LA GUERRA

En la lucha actual el automovilismo ha adquirido una importancia extraordinaria en la composición de los convoyes de víveres y municiones, en la tracción por carreteras de los cañones de grueso calibre y en la evacuación de heridos y enfermos de la zona de operaciones.

Para el transporte de grandes cargas se emplean camiones con motores de tipo de explosión de cuatro cilindros verticales, con magneto, capaces de desarrollar un esfuerzo de tracción igual cuando menos, á la adherencia de sus ruedas motrices, lo que les permite marchar por malos caminos ó remolcar una fuerte carga.

Permite además esto, en campaña, que un convoy de varios vehículos pueda llevar siempre su carga á lugar seguro, aunque uno ó varios camiones sean objetos de una *panne*.

Las ruedas van provistas de dobles bandas de caucho macizo, de llantas lisas é intercambiables.

En la mayoría de los ejércitos europeos el servicio automovilista depende de un general director que se halla en la segunda línea, excepción hecha de las unidades afectas especialmente á las grandes formaciones que dependen del director de etapas y servicios de cada ejército.

Las unidades automóviles son de diversas especies: 1.º Secciones automóviles de transporte de material. 2.º Secciones automóviles de transporte de personal. 3.º Secciones del parque automóvil. 4.º Secciones de automóviles sanitarios y 5.º Secciones automóviles de avituallamiento y de conducción de carnes frescas.

Las unidades comprenden en general una veintena de carruajes de transporte del tipo apropiado al servicio de la sección, un carruaje ligero de turismo, para el oficial comandante, un carruaje taller y una motocicleta.

Las secciones de transporte de material ó de personal, se agrupan con las del parque y cada cuatro al mando de un capitán, transportan rápidamente desde las estaciones del ferrocarril á

los convoyes de las diversas unidades, víveres y municiones y al regreso contribuyen á la evacuación de heridos, misión esta, que al ordinario realizan las secciones de automóviles sanitarios, al par que la de conducir á las ambulancias el material quirúrgico y los medicamentos.

Las secciones de transporte de personal, conducen tropas y escoltas en momentos de urgencia y por buenos caminos.

Las de avituallamiento cumplen á diario su misión desde los centros de abastecimiento en las bases fijas ó eventuales de operaciones, hasta las líneas de tropas ó hasta sus convoyes.

Las secciones de parque constituyen verdaderos talleres montados sobre ruedas y susceptibles de desplazarse fácilmente.

Durante la marcha es necesario mantener en las columnas de automóviles tanto orden y cohesión como sea posible, lo que no siempre es realizable en convoyes de marcha rápida, formados de carruajes variados, producto de requisición.

Debe procurarse, pues, que en cada columna formen boches de análogo tipo. Cierra marcha en cada una de ellas un coche vacío, seguido de un carruaje taller. Entre cada dos carruajes debe dejarse un espacio de veinte metros aproximadamente. La velocidad general debe de ser tan regular como se pueda, y en carreteras de primero ó segundo orden no debe pasar de veinticinco kilómetros por hora, siendo de doce á quince lo que en dicho tiempo deben recorrer las secciones, y de ocho á nueve, si son tractores automóviles.

Es preciso que los coches marchen siempre en línea recta y que no traten de adelantar de su puesto, ni cruzarse en el camino, ni doblar en marcha, para evitar el natural desorden en las filas de la sección.

Toda avería es reparada por los coches talleres, que son verdaderos carruajes de socorro; mas si la avería es muy grande, se descarga el carruaje en *panne* y se le remolca hasta una

sección de parque automóvil, ó hasta un parque de reserva que está formado por un cierto número de secciones de reparación, constituyendo un taller encargado de poner en servicio los coches averiados y de reaprovisionar, por otra parte, en material y en personal, las diversas secciones automóviles. Estos parques de reserva se instalan en centros de población de alguna importancia donde se pueden encontrar recursos suficientes en fuerza motriz y en material de recomposición; pero esto no obstante, estos parques deben de estar provistos de todo lo indispensable á los talleres de campaña, para que en caso preciso sean autónomos.

Todos los ejércitos europeos poseen ametralladoras automóviles. Las primeras datan de 1904, y en sucesivas modificaciones se ha logrado la protección completa del conductor y de los dos sirvientes por medio de un blindaje de acero cromado de cinco milímetros, pudiendo soportar el tiro de un fusil moderno á la distancia de cuarenta metros. La ametralladora puede ser fija ó móvil. En este último caso está protegido por una torre colocada en el compartimiento posterior del vehículo.

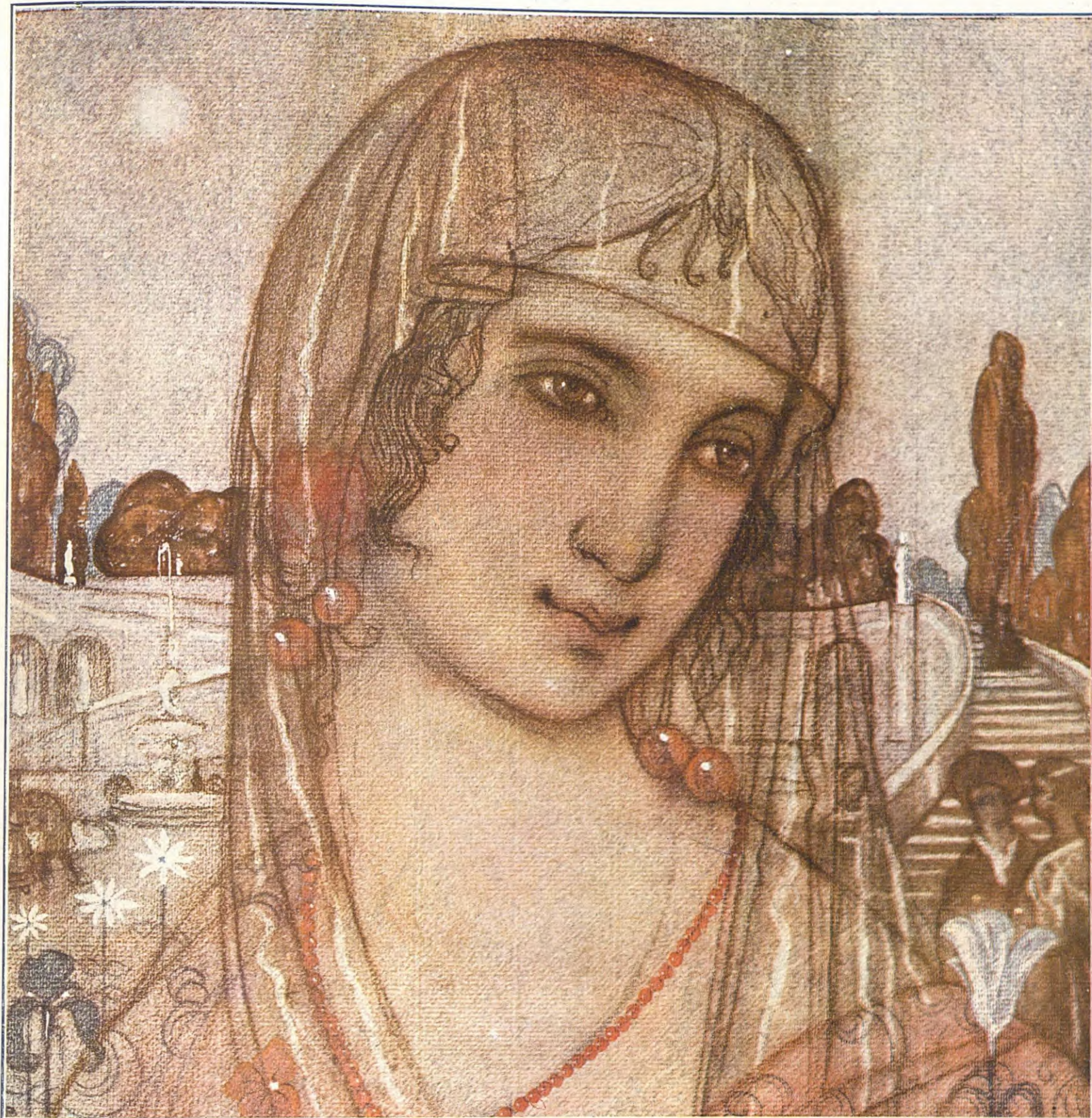
Los receptores de esencia y de aceite tienen para cuatrocientos kilómetros, cuando menos; el carruaje lleva de cinco mil á diez mil cartuchos y puede marchar á cincuenta kilómetros por hora. Rieles especiales permiten franquear en algunos segundos un foso de dos metros y la ametralladora automóvil puede marchar por toda clase de terrenos.

También se han empleado en esta guerra auto-cañones con piezas de treinta y siete y hasta de setenta y cinco milímetros, para tirar contra trincheras y aeroplanos.

La Ciencia, como siempre, se ha puesto con su creciente progreso al servicio destructor de la guerra.

¡Crear para destruir!

CAPITÁN FONTIBRE



## Jardín soñoliento

El jardín tiene un alma que ahora duerme dichosa sobre almohada de lirio, de jazmín y de rosa, bajo el dosel frondoso de eucaliptus espesos, mecida por la brisa con música de besos... Cerráronse las verjas, salieron tumultuosos los niños, los amantes salieron silenciosos, cuando la tarde clara de Agosto se hizo oscura y esparció un negro velo por entre la espesura; el jardín quedó á solas, y en las aguas tranquilas de los lagos se fueron cerrando sus pupilas; en el aire las nubes de polvo se perdieron huyendo de la sombra, miedosos se escondieron el pájaro en la rama y la flor en su broche... y el alma del jardín se recogió en la noche! El verano es benigno y el rugido del viento no interrumpe el reposo del jardín soñoliento. Las estrellas de oro, en los cielos azules de la sombra en los árboles no traspasan los tules, y las nubes de aroma que las flores dormidas despreciaron, al ser por el sueño rendidas, por la escala del aire suben, suben en calma... y en ellas el jardín manda al cielo su alma!

¡Bien ganaste tu sueño tras de tanta fatiga patria de tantos árboles, cuna de tantas flores, que asaltó con el ímpetu de un fuerza enemiga un vandálico ejército de infantiles clamores! Los niños sacudieron airados tus ramajes, los niños invadieron furiosos tus macizos, y la piel de tu cuerpo desgarraron salvajes hordas de alegres voces y de dorados rizos. Las blancas mariposas huyeron acosadas; la turba bullanguera tus sendas alborota, escóndense en tus fuentes las ninfas asustadas y sirven tus estatuas de juego de pelota. Tus flores son ramerías abiertas para el gusto de todos los ociosos en todos tus caminos, y el popular estrépito profana el templo augusta que vió del Rey Poeta los triunfos venusinos. Y la vereda es calle, y la glorieta es plaza, y corren de los remos los cisnes luminosos, y suenan acercándose, con voces de amenazas, bocinas de automóviles que van vertiginosos. ¡Oh, bello edem, propicio á la melancolía! De silencio y quietud sientes íntimo anhelo

y, al cerrarse tus puertas, en tu calma sombría son tus árboles brazos que levantas al ci.lo.

ooo

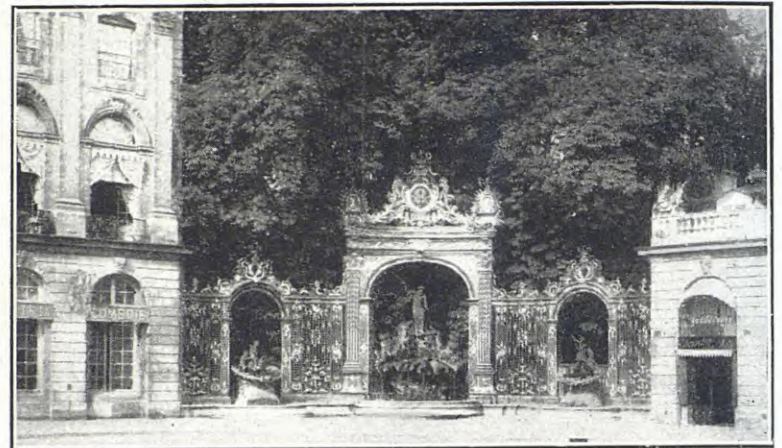
Venid á mí, hijos míos, ángeles de la aurora, reflejos de la luz del sol deslumbradora, manantiales de vida, de risas y de estruendo, luminosos claveles que pasáis sonriendo. Venid á mí, la noche llegó; vuestra blancura es enemiga franca de esta tristeza oscura; con vuestros pensamientos y vuestros corazones no hermanan los pesares ni las meditaciones; venid á vuestras cunas, mis pájaros traviesos, yo os dormiré cantando entre risas y besos; venid á vuestras cunas, dormid, soñad con rosas, con árboles, con ángeles, con fiestas rumorosas, con el jardín bañado de sol, con la alegría y con la luz del alma y con la luz del día. Venid á vuestras cunas; dormid; soñad, en fin... ¡Silencio! No turbemos el sueño del jardín.

RICARDO J. CATARINEU

DIBUJO DE OCHOA

## ENIGMAS DE LA GUERRA

# LOS YACIMIENTOS DE HIERRO EN LORENA



La plaza Stanislas y la fuente de Neptuno, de Nancy, la vieja capital de Lorena

«La Liga de Productores propone que al pactar la paz exija Alemania una rectificación a su favor de la frontera lorena, del lado de Briey.»

(De un diario.)

Cuando en el Tratado de Francfort, que liquidó definitivamente la guerra franco-prusiana, el Canciller de Hierro y sus colaboradores impusieron a Francia la dolorosa pérdida de toda Alsacia, excepto el distrito de Belfort y de buena parte de Lorena, quienes ajenos al jactancioso orgullo del vencedor ó á la obcecación celosa de los vencidos, serenamente estudiaron las causas próximas ó remotas de tal acontecimiento, encontraron si no justificada, á lo menos justificable la anexión de Alsacia por atavismos de idioma, históricos y raciales, por el deseo de satisfacer al ferviente anhelo nacional que quería firmemente germanar ambas márgenes del sagrado Rhin, y para formar con la barrera de los Vosgos una sólida y natural frontera.

Como nada análogo ocurría con Lorena, región más genuinamente francesa, cuya desmembración hería en lo vivo á la sensible fibra del patriotismo galo, desorientados andaban atribuyendo su incorporación al renaciente imperio á ambición de acrecer su territorio, unos; otros á la necesidad estratégica de apoyar la frontera más abierta, más artificial allí, en las plazas fuertes de Metz y Thionville, siendo muy pocos los que enfocando bien el problema vieron su verdadero motivo, las razones de alta técnica político-industrial que lo impulsaban: el deliberado y decidido propósito de adueñarse de los poderosos criaderos de hierro de Lorena.

Aquella brillante pléyade de elementos directores que personifica Bismarck, hombre cumbre, figura representativa que llena todo el ciclo en que culmina el avatar esplendoroso é incomparable de la nacionalidad alemana, videntes de los destinos de su patria, comprendieron bien que había que consolidar la unidad realizada cimentándola en una era de prosperidad, para lo cual resultaba de absoluta precisión dominar en dichos depósitos de mineral de hierro, cuerpo que con el carbón constituyen las dos primeras materias bases del progreso económico moderno.

Germinaba ya en sus

mentes, y para llevarle á cabo tomaban posiciones, el plan de reformas financieras y sociales que alcanzó su máximo desarrollo en 1880 y que hizo á Alemania grande, rica y envidiada.

ooo

Si se hace abstracción de la comarca lorenesa es en general Europa un tanto pobre en minerales feríferos, dadas las necesidades de su siderurgia.

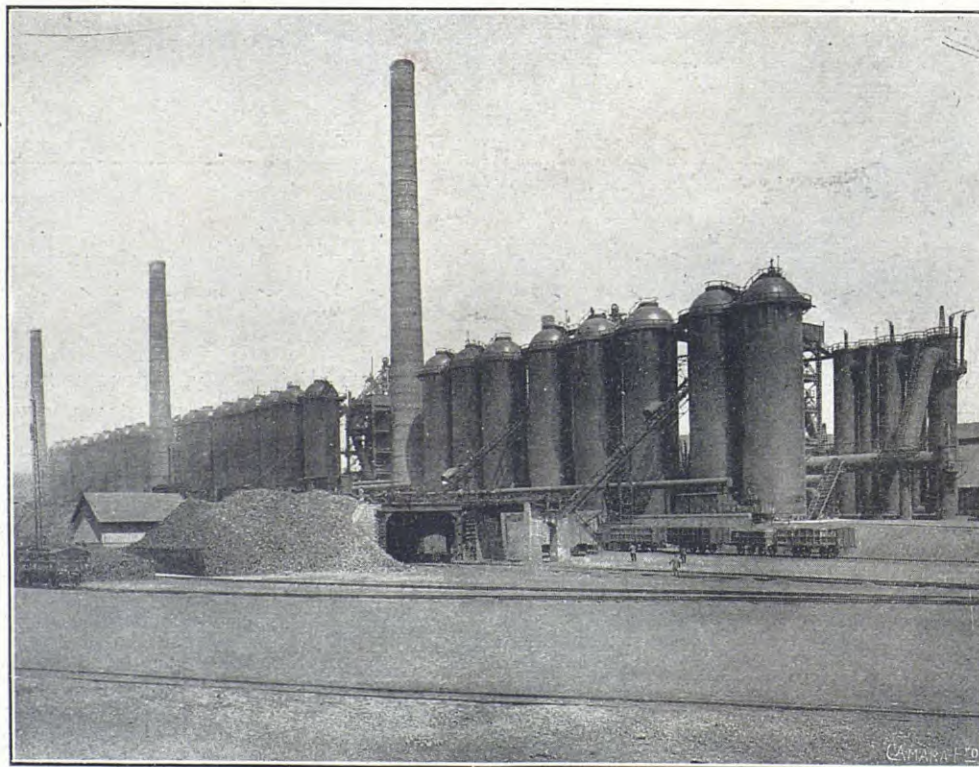
Ni los yacimientos, entre otros menos importantes, del Mediodía y del Ural, en Rusia; los austriacos de Estiria y Bohemia; y los de la isla de Elba y provincia de Florencia, en Italia, sirven más que para cubrir el gasto de sus fundiciones, no muy desmenuadas, ciertamente. Inglaterra, á pesar de la gran explotación que verifica en sus cotos de los condados de York, Northampton, Lincoln, Cumberland y Stafford, tiene que importar un tercio de su consumo de las minas griegas de Lócrida y el Atica; de la Laponia sueca y noruega; de Argelia; y por un tonelaje cuatro veces superior al de todas juntas de nuestra España, uno de los países mejor dotados en tan preciado metal.

Todavía es mayor la penuria de Alemania, Francia y Bélgica, nación esta última que prácticamente puede afirmarse que carece de minerales de hierro. El Imperio, pese al intenso laboreo de los grupos del Ducado de Hesse, y los

de los distritos de Oppeln (Alta Silesia), Dortmund (Westfalia), Klausthal (en el Harz), y los de más consideración en el de Bona (Prusia Rhenana), no llega con la de todos los suyos al quinto de su producción—incluida la de Luxemburgo que, aunque Estado independiente, forma parte del Zollverein ó Unión Aduanera Alemana—, ni á suministrar el séptimo de su consumo: en el año anterior á esta contienda cruenta, pasó de la colosal cifra de 45.000.000 de toneladas en números redondos. Y Francia con sus minas de hematites rojas y carbonatos de Normandía, las de oligisto y hierro oxidulado en Bretaña y Anjou, de hematites parda y hierro espático del macizo del Canigó en los Pirineos Orientales y otras de menor importancia, no suma el 10 por 100 de su total, que en 1913 ascendió á 21.714.000 toneladas, de las que exportó á Bélgica 5.450.000 y á Alemania unos 3.000.000, deducido lo que á su vez de ella recibió.

Pero la zona ferrosa de Lorena vale un mediterráneo y compensa holgadamente las carencias anotadas. A estos soberbios depósitos, los más enormes del mundo, sólo pueden equipararse los formidables criaderos norteamericanos de los estados de Michigan, Wisconsin y Minnesota, en los parajes al Sudoeste del Lago Superior, con la ventaja en los loreneses de desarrollarse en un perímetro más reducido y no estar

tan lejos como los citados de los centros fundidores, aun con lo mucho que facilita el acceso la magnífica vía navegable de los Grandes Lagos. Y á riesgo de que parezca aventurera la indicación, diremos aquí que pudiera semejarseles tal vez en potencia la ancha faja ferruginosa española del terreno devoniano, tan poco estudiada y tan mal apreciada, que desde el Cabo de Peñas cruza perpendicularmente Asturias, penetra buen trecho en León é inexplorada en la actualidad, pues únicamente se hace en corta escala en los núcleos mejores ó más bien situados de Gozón, Oviedo y Quirós, porque nuestra paupérrima actividad económica y exiguos arrestos industriales no nos consienten ya que no soñar con su beneficio nacional, montar siquiera, cual se hizo en Laponia, instalaciones de depurar, concentrar y aglomerar las menas, enriqueciéndolas para su exportación lucrativa.



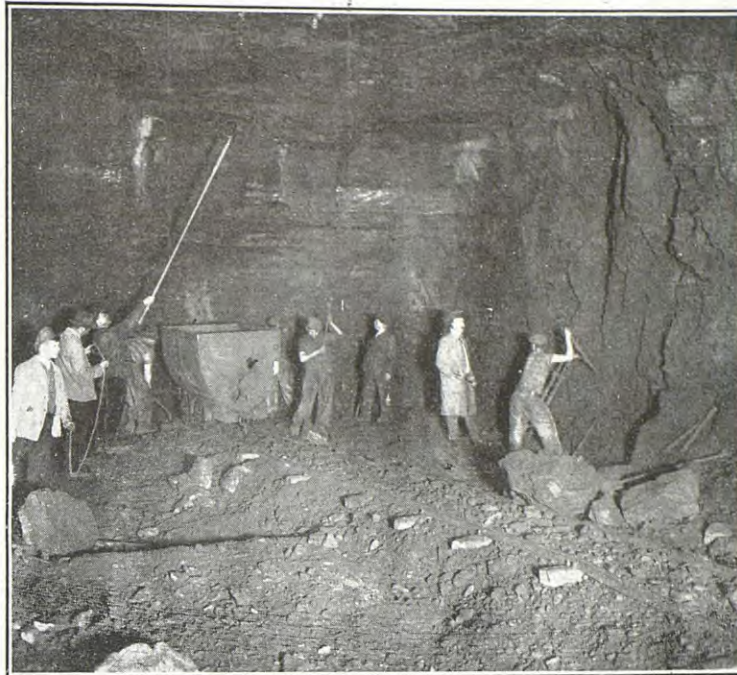
Los altos hornos de Homécourt (Lorena)

Bien delimitados y reconocidos los yacimientos de Lorena se extienden por la estrecha banda que forma el departamento de Meurthe y Mosela, á lo largo de las fronteras belga, luxemburguesa y alemana; en Lorena anexionada, al Oeste del Mosela; por el Sudoeste de Luxemburgo, en la cabecera y á los dos lados del riachuelo L'Alzette, y más allá de Longwy, por una insignificante porción de Bélgica limitrofe con la República y el Gran Ducado. La superficie que cubren es de unos 1.200 kilómetros cuadrados, la mayoría en reserva, sin solución de continuidad, salvo el grupo de Nancy, aislado y desplazado al Sur, aunque es de suponer que no toda esa extensión se halle bien mineralizada, ó sea igualmente aprovechable.

Es un criadero de sedimento, estratificado; de escasa inclinación, casi horizontal, dispuesto en lechos de notable regularidad, con relativamente pocos trastornos, saltos y fallas que la alteren, y presenta hermosos tramos. El rumbo de la formación es á Poniente, hacia Francia, donde se prolonga á distancia, á profundidades inexplotables al parecer, según han puesto de manifiesto sondeos practicados entre Etain y Verdún. Las capas ó lechos denominanse por el matiz de color que ofrecen, y se llaman, por su orden, la roja, amarilla, gris, parda, negra y verde, todas de buen espesor. Pero la principal producción es á expensas de la famosa capa gris, la más constante, normal y potente, de un grueso medio de tres metros.

El laboreo se efectúa á roza abierta y por socavones, en las hondonadas de las zonas de Nancy y Longwy y en los ribazos que interrumpen al Oeste el valle del Mosela; mas las explotaciones considerables son por pozos de gran capacidad de extracción, algunos, como el de Auboné, de la Sociedad de Altos Hornos de Pont-á-Mousson, y el de Homécourt, de las Acerías de la Marina de Saint-Chamond, susceptibles de dar salida á 3.000.000 de toneladas anuales cada sitio. La producción global fué en 1913 de 48.284.000 toneladas, correspondiendo á los distritos franceses de Nancy, Longwy y Briey 1.992.000, 2.694.000 y 15.128.000 respectivamente; total, 19.814.000. A Luxemburgo corresponden 7.354.000 y á Alemania 21.136.000.

El mineral es una hematites hidratada, volútica, es decir, compuesta de diminutos granos ó glóbulos de capas concéntricas, unidos por un cemento estéril, ganga en estas menas por lo común de adecuada proporción de caliza y arcilla, que restringe al mínimum la posterior adición de castinas ó fundentes de reducción. Contienen bastante humedad y son algo deleznales (minettes), lo que abarata su arranque; pero sin que esa cualidad llegue á pulverizarles, sino



Un frente de arranque en la mina de Auboné (Lorena)

más bien como excelente condición mecánica que hace sean muy fusibles en el horno alto.

Son minerales de baja ley en hierro metal: de un promedio del 57 por 100, y su elemento típico es el fósforo, cuerpo que si durante demasiado tiempo dificultó el aprovechamiento en grande del criadero, en él precisamente consiste ahora su imponderable valoración. Porque en contra de lo que sucedía y sucede en Inglaterra, que apegada á los tradicionales procedimientos ácidos, arrastra el peso de sus viejas instalaciones y depende con exceso de los minerales puros, el intensivo empleo en la fabricación de acero de los métodos básicos del horno Martín-Siemenz, y especialmente del convertidor Thomas-Gilchrist, permite afinar y desfosforar bien la fundición que, de estas menas, deja una escoria preciosa para abono. Y la que ha contribuido con las sales de potasa cuya producción monopoliza el Imperio (Stassfurth, Sajonia prusiana), á transformar en fértiles cultivos y verdeantes praderías las arenosas llanuras de Brandeburgo y los campos pantanosos de Pomerania y Prusia propiamente dicha.

ooo

Tales son, á grandes rasgos, las características de los yacimientos loreneses. Cuando en 1871 llevó Alemania su línea fronteriza hasta delante de Audan-le-Tiche, Aumetz, Hayange y Moyonore, creyóse por todos que adquiriría en ellos un predominio completo y definitivo, pues dentro de la nueva demarcación caían los más numerosos y mejores afloramientos; y por el bu-

zamiento ó pendiente que mostraba la formación ferruginosa no era presumible que estuviese esta en Francia á profundidades explotables. Pero una ordenada serie de reconocimientos demostró que no ocurría así, sino que el terreno perdía inclinación, se tendía allí más y descubrióse la zona más valiosa, la de Briey, sobre la misma frontera, que comenzada á explotar con los albores del presente siglo, produjo en 1903 1.205.000 toneladas, 4.607.000 en 1908 y 15.128.000 en 1913, avanzando con vertiginosa é insuperable rapidez, atrayendo una población obrera, abigarrada y cosmopolita—italianos principalmente—y haciendo indispensable en el nudo ferroviario Conflans-Parny, una estación distribuidora de las mayores del mundo, que por uno de esos sarcasmos de la lucha han intentado destruir los propios aviones franceses.

Enclavados en el centro de Europa, á caballo sobre Francia, Alemania, Luxemburgo y Bélgica, cercanos á las cuencas hulleras más importantes del Continente: las del Saar y el Rhur, alemanas; las del Sambre y Mosa, belgas, y las francesas de los departamentos del Paso de Calais y Norte, su posesión tiene decisiva y vitalísima trascendencia. Si los aliados triunfan, la reivindicación por Francia de la Lorena irredenta equivaldría al anquilosamiento industrial de Alemania al privarle de su parte en aquellos criaderos, insuficientes ya hoy para alimentar la voracidad de su siderurgia insaciable. Y si vencen los Imperios centrales y exigen la rectificación de frontera que pide la Liga de Productores, cuya glosa motiva este somero estudio, por pequeña que fuere cogería los grupos de Briey—que es lo que se pretende—, que valen por la más espléndida colonia y quedarían redondeados los dominios ferrosos de Alemania.

En estos tiempos positivos y prosaicos, los depósitos de hierro de Lorena puede que tengan el mismo triste, fatal privilegio, que en la edad heroica de la Iliada, cuando la Discordia envió la áurea manzana á las bodas de Tetis y Peleo, y cuyo premio á Venus originó la guerra de Troya y la desdicha de los hombres.

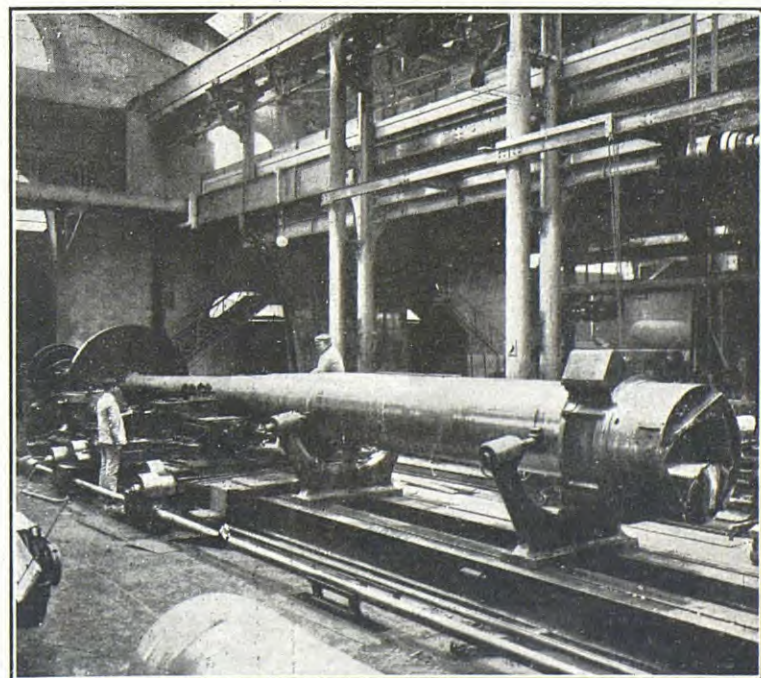
Para realzar la propia opinión no hay por qué rebuscar siempre textos ni traer á colación autores extranjeros. Y como ha escrito con acierto Camba en una de sus breves y admiradas crónicas: «Lo terrible es que las principales minas de hierro francesas y alemanas están á lo largo de la frontera de ambos países y este hecho será siempre un formidable obstáculo para la paz». ¿Qué acecerá?, nos preguntamos nosotros. Enigma es este que guarda avara la misteriosa esfinge de la guerra.

M. ALCALÁ MARTÍNEZ

Sobrescobio (Asturias), Marzo de 1916.



Producción de acero Thomas en los altos hornos de Auboné



Torneando un cañón de grueso calibre en Saint-Chamond (Loiza)

# DE NORTE A SUR

## El Poeta, Cartujo

Siempre es y será tiempo para hablar del divino Rubén Darío. Sus versos retan y vencen al olvido. Su recuerdo es inmortal é inmarcesible. Llegamos á sus libros envueltos en su luz y cantando en nuestro corazón la sobrehumana armonía. Porque no es de aquellos, enemigos de sí mismos, á quienes daña y enturbia una segunda lectura; poetas de la primera impresión á quienes no conviene releer para que no se disipe el pasajero perfume ó descubramos el maniquí sobre el cual las sedas y brocados nos mintieron un cuerpo de rey.

Rubén Darío es el Inagotable. Creéis que sus poemas os son tanto conocidos por cómo están de fundidos en vuestra sensibilidad y por cómo os iluminan las ideas, y, sin embargo, cada vez que las evocáis imaginativamente ó acudís á ellas en los libros, tienen fulgores nuevos y nuevos senderos para la emoción.

Sus versos y su vida. Porque este poeta del bello nombre y del feo rostro, fué por el mundo, como por la literatura: acuciado de todas las curiosidades y sediento de todas las sensaciones. No fué jamás un espectador indiferente á los espectáculos dolorosos ó alegres, ensombrecidos de noche ó calenturientos de sol; ofrecía su corazón desnudo como el cuerpo de una cortesana que sintiera todos los pudores nupciales de la virgen á cada nuevo amante.

Así pudo ser rapsoda de las hazañas contemporáneas de la industria y de la ciencia; pagano panida, extasiado de campo de femeninas voluptuosidades; pulido y pervertido galán del dieciochocentismo francés, escéptico hijo de su siglo... y cartujo...

Nos lo recuerda esta curiosa fotografía, hasta ahora inédita, que me remite un joven y admirable poeta, Pedro Ferrer Gibert, el autor de *Visiones de Mallorca* y *Tardes del jardín*.

Como Verlaine, que después de sus «poemas saturnianos» y sus «fiestas galantes» escribió la «buena canción», Rubén Darío estaba en sus últimos años inquietado por el más allá. El misterio le hirió en la frente con sus aletazos de ave agorera. Dentro de la carne que caldearon todos los fuegos del pecado mortal, el alma se retorció por los terribles presentimientos del tránsito inmutable.

Y nadie como él expresó este deseo de anulación terrena, de holocausto de la propia vida humildemente, anónimamente:

¡Ah! fuera yo de esos que Dios quería  
y que Dios quiere cuando así le place;  
dichosos ante el temeroso día  
de losa fría y ¡*Requiescat in pace!*  
Poder matar el orgullo perverso  
y el palpitir de la carne maligna,  
todo por Dios, delante el Universo,  
con corazón que sufre y se resigna,



MISS MARJORIE HAST  
La sirena del Atlántico

Sentir la unción de la divina mano,  
ver florecer de eterna luz mi anhelo;  
y oír como un Pitágoras cristiano  
la música teológica del cielo.  
Y al fauno que hay en mí, darle la ciencia  
que al ángel hace estremecer las alas;  
por la emoción y por la penitencia  
poner en fuga á las diablas malas.

¡Y quedar libre de maldad y de engaño,  
y sentir una mano que me empuja  
á la cueva que acoge al ermitaño  
ó al silencio y la paz de la Cartuja!

Cuando el poeta escribía estas estrofas de su poema *La Cartuja*, vestía el blanco hábito de los desligados de la vida y veía amanecer acaso en la misma celda donde Jorge Sand aceleraba la muerte de Chopín.

Fuó durante tres meses que el divino poeta pasó en la Cartuja de Valldemosa y escribía la epístola á Madame Lugones y el romance á Remigio Gourmont, y la novela autobiográfica que no llegó á terminar titulada *Oro de Mallorca*.

Pero fué, sobre todo, cuando lloró todo un día porque imaginó haber perdido aquel Cristo de marfil que le regalara León XIII y que él—olvidado de ajenos, wiskys y labios de vampiras—besaba con la mística unción de un beato Francisco de Asís; cuando, enfermo y vidente de los cambios ultraterrenos, pidió co-fesión y lavado ante un sacerdote su alma perfumada de paga-



RUBÉN DARÍO  
Con el hábito de Cartujo durante su estancia  
en la Cartuja de Valldemosa (Mallorca)

nía; cuando, en un viaje de Valldemosa á Palma, hizo detener el carruaje y descendió al camino para, de hinojos, rezar un Padrenuestro...

## La Sirena á bordo

Esta vez no cantó para atraer los hombres al abismo; fué su voz para librar á los nautas del más trágico peligro de los íntimos naufragios del espíritu, evitándoles la desesperación y el terror. No cantó detrás de escollos y arrecifes.

Cantó dentro del barco. No ceñían su cabellera las algas viscosas y frías; no goteaban sobre sus carnes los bárbaros collares de caracoles y de nacarinas conchas. No terminaba su cuerpo en la cola escamosa sino en estas botas demasiado altas impuestas por las faldas demasiado cortas. Se envolvía en pieles y tocaba su cabellera de rizados bucles, un gorrito de *midinette*.

En la vida real esta accidental sirena se llama Miss Marjorie Hast y es hija de un *manager* de teatros ingleses que iba á dirigir unos conciertos á Nueva York. Durante la travesía el vapor estuvo á punto de naufragar en pleno Atlántico. Crujía y se tumbaba el enorme trasatlántico yanki bajo la furia de la tempestad. Sobre cubierta las olas eran dueñas absolutas. Los pasajeros consultaban el número de lanchas salvavidas que les correspondía. Las mujeres clamaban al cielo, y los hombres, ceñudos, sombríos, acariciaban las culatas de las *brownings* para abreviar el instante de morir.

Y, de pronto, Miss Hast empezó á cantar con



La señora Couldridge, á quien el Rey de Inglaterra ha felicitado por su amor á la patria

su voz fresca, canciones alegres y felices. Al principio, nadie la oía. Silbaba el viento, bramaban las olas y caía la lluvia tozuda, implacable. Sobre cubierta rodaban objetos que se olvidaron de atar, se oían crujidos siniestros y la cristalería en los comedores chocaba estrepitosa...

Pero Miss Hast seguía cantando y sonriendo. Poco á poco el encanto de su voz iba sugestionando á los hombres y secaba las lágrimas femeninas y atraía á los niños inconscientes del peligro. Miss Hast no cantaba himnos místicos, sino coplas fáciles y frívolas, aires conocidos y pegadizos que evocaban en los navegantes recuerdos agradables ó picarescos.

Y también, poco á poco, se fué alejando la tempestad y nadie se dió cuenta hasta que Miss Hast enmudeció.

¡Ya podían cantar las otras sirenas enemigas del hombre, desde sus misteriosos submarinos! No habían de escucharlas porque su corazón y su memoria estaban llenos de la otra voz dulce de la sirena viajera junto á ellos...

## Carta del Rey...

Como en el canto infantil, «carta del rey ha venido...»

Pero no para las niñas, sino para las madres. Jorge V ha escrito á la señora Couldridge, felicitándola por su fidelidad al trono y por su amor á la patria.

¿Qué ha hecho la señora Couldridge para merecer este elevado honor de su Graciosa Majestad británica?

Sencillamente dar al mundo cuatro hijos, criarles, sacrificarse por ellos y cuando empezaba á sentir el orgullo de saberles fuertes y capaces de vivir por sí mismos, ver como la guerra se los arrebatara para ofrendárselos á la Muerte.

Los cuatro jóvenes pertenecían al «East Surrey Regiment» y los cuatro han muerto en las trincheras. ¡Bien merece esto una carta de su Graciosa Majestad!

Y todavía le queda por recibir otra carta cuando le maten á su marido.

Pero la señora Couldridge es la mujer á quien desde la Biblia á los himnos de Kipling, pasando por nuestro romancero, se alaba y se enaltece. Le quedan todavía dos hijos y les muestra la carta de su Graciosa Majestad como un ejemplo.

A mí, particularmente, esta actitud de la señora Couldridge me repugna un poco. Creo que la misión de las madres debe ser otra, precisamente.

Y que cambiar la vida de cinco hombres tan ligados á ella, tan necesarios á la suya, por un pedazo de papel, sin otro valor que el otorgado por la cándida vanidad de quien lo recibe, es una reprochable y antihumana equivocación.

José FRANCÉS